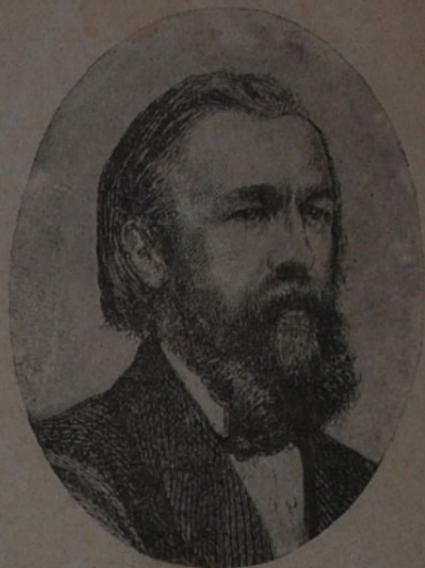


P. J. MOEBIUS



*La*  
*inferioridad mental*  
*de la Mujer*

CUATRO REALES

F. SEMPERE Y COMP.<sup>ª</sup> EDITORES

Calle del Palomar, 10  
VALENCIA

Olmo, 4 (Sucursal)  
MADRID

Una peseta el tomo

- Alexis, Bonafoux, Blasco Ibáñez.*—Emilio Zola (su vida y sus obras).  
*Alexis.*—Las chicas del amigo Lefèvre.  
*A. Hamon.*—Determinismo y responsabilidad.  
*A. Hamon.*—Psicología del Militar profesional.  
*A. Hamon.*—Psicología del socialista-anarquista.  
*Angel Guerra.*—Literatos extranjeros.  
*Bakounine.*—Dios y el Estado.  
*Bakounine.*—Federalismo, Socialismo y Antiteologismo.  
*Barón d' Holbach.*—Moisés, Jesús y Mahoma.  
*Bjærnstjerne Bjærnson.*—El Rey.  
*Blasco Ibáñez.*—Arroz y tartana.  
*Blasco Ibáñez.*—Flor de Mayo.  
*Blasco Ibáñez.*—Cuentos valencianos.  
*Blasco Ibáñez.*—La condenada.  
*Büchner.*—Fuerza y materia.  
*Büchner.*—Luz y vida.  
*Bueno (Manuel).*—A ras de tierra.  
*Comandante \*\*\*.*—Así hablaba Zorrapastro.  
*Conde Fabraquer.*—La expulsión de los jesuitas.  
*Chamfort.*—Cuadros históricos de la Revolución Francesa.  
*D' Annunzio.*—Episcopo y Compañía.  
*Darwin.*—El origen del hombre.  
*Darwin.*—Mi viaje alrededor del mundo. 2 tomos.  
*Darwin.*—Origen de las especies. 3 t.  
*Darwin.*—Expresión de las emociones en el hombre y en los animales. 2 t.  
*Davidet.*—Cuentos amorosos y patrióticos.  
*De la Torre.*—Cuentos del Júcar.  
*Diderot.*—Obras filosóficas.  
*Draper.*—Conflictos entre la Religión y la Ciencia.  
*Engels.*—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado. 2 t.  
*Faure.*—El dolor universal. 2 tomos.  
*Flaubert.*—Por los campos y las playas.  
*France (Anatolio).*—La cortesana de Alejandría (Tais).  
*Gautier (Judith).*—Las crueldades del amor.  
*Gautier (Teófilo).*—Un viaje por España.  
*Garchine.*—La guerra.  
*George.*—Progreso y miseria. 2 tomos.  
*George.*—Problemas sociales.  
*Gómez Carrillo.*—Desfile de visiones.  
*Goncourt.*—La ramera Elisa.  
*Gorki.*—Los ex-hombres.  
*Gorki.*—En la prisión.  
*Grave.*—La sociedad futura. 2 tomos.  
*Grave.*—La sociedad moribunda y la Anarquía.  
*Guy de Maupassant.*—El Horla.  
*Guy de Maupassant.*—La mancebía.  
*Haggard.*—El hijo de los boers.  
*Haeckel.*—Los enigmas del Universo. 2 tomos.  
*Hugo (Victor).*—El sueño del Papa.  
*Ibsen.*—La comedia del amor.—Los guerreros en Helgeland.  
*Ibsen.*—Emperador y Galileo—Juliano Emperador. 2 tomos.  
*Ibsen.*—Los espectros.—Hedda Gaby.  
*Inchofer (Jesuita).*—La monarquía jesuita.  
*Ingenieros.*—La simulación en la lucha por la vida.  
*Ingenieros.*—Italia en la vida, en la ciencia y en el arte.  
*Kropotkine.*—La conquista del pan.  
*Kropotkine.*—Palabras de un rebelde.  
*Kropotkine.*—Campos, fábricas y talleres.  
*Kropotkine.*—Las prisiones.  
*Kropotkine.*—El apoyo mutuo. Un factor de la evolución. 2 tomos.  
*Lauquel.*—Los problemas de la Naturaleza.  
*Lauquel.*—Los problemas del alma.  
*Lauquel.*—Los problemas de la vida.  
*López Ballesteros.*—Junto á las máquinas.  
*Lubbock.*—La dicha de la vida.  
*Mackay.*—Los anarquistas.  
*Mæterlinck.*—El tesoro de los humildes.  
*Malato.*—Filosofía del anarquismo.  
*Malato.*—La gran huelga. 2 tomos.  
*Marx (Carlos).*—El capital.  
*Matto de Turner (Clorinda).*—Aves sin nido (novela peruana).  
*Max Nordau.*—El mal del siglo. 2 t.  
*Max Nordau.*—Las mentiras convencionales de la civilización. 2 tomos.  
*Max Nordau.*—Matrimonios morganáticos. 2 tomos.

LA INFERIORIDAD MENTAL DE LA MUJER



P. J. Moebius

PROFESOR DE NEUROPATOLOGÍA Y PSIQUIATRÍA

LA  
INFERIORIDAD MENTAL  
DE LA MUJER

(La deficiencia mental fisiológica de la mujer)

Traducción y prólogo de Carmen de Burgos Seguí



F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, 10  
VALENCIA

Olmo, 4 (Sucursal)  
MADRID

---

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.<sup>a</sup>—VALENCIA

## Prólogo de la traductora

---

Cuando comencé la traducción de este libro, un temor instintivo detuvo mi pluma; era tanto el escándalo de que venía precedido, tan apasionados los comentarios de encontradas opiniones, que recelaba se interpretase mi tentativa como una imperdonable osadía.

En tiempo de transición y de lucha, cuando el espíritu inquieto, cansado de vagas hipótesis, busca fórmulas definitivas, la obra de Moebius es tal vez un alegato que pertenece al porvenir. Sólo en este concepto he querido analizarla para formar un juicio exacto. Lo que empezó por curiosidad se transformó en meditación y pude penetrar seriamente en las deducciones atrevidas del neurópata.

Confieso que al leer quise despojarme de todos los prejuicios; si alguna idea nublabá mi espíritu, interrumpía la lectura para volver á reanudarla pasada la ráfaga de protesta.

Es preciso hablar claro, en voz alta, con valentía: el feminismo militante, tal como se interpreta por la generalidad de las mujeres, envuelve una idea de desequilibrio, de aniquilamiento, que parece una regresión mística al ideal puro religioso. No puede ponerse en duda, lleva consigo los gérmenes de una absurda teocracia que la adula para mejor esclavizarla.

Desde el momento en que se desconocen el principio y el fin de la vida, la discusión queda eternizada. En embriogenia, la célula misteriosa no revela su secreto germinativo; es en vano que el microscopio aumente los diámetros; el punto vibrátil sigue su movimiento silencioso en el mundo de lo infinitamente pequeño, y esa forma, casi indeterminada, que desafía la potencia amplificadora del cristal, será mañana un individuo de la especie, hombre ó mujer; pensamiento y acción; materia y fuerza; inteligencia y voluntad.

Además, el feminismo tiene para mí un aspecto social sospechoso; cubierto con el espléndido manto del progreso, ataca solapadamente á la libertad humana. Basta observar con atención que en casi todos los países los adalides de las reivindicaciones femeninas pertenecen á las clases elevadas de la sociedad, al elemento conservador, al funesto *non mouve*; son congre-

gaciones piadosas, caritativas, minadas por el cristianismo, que difuminan ideas atrevidas en los vagos contornos de aspiraciones imposibles.

Las mujeres del pueblo, entiéndase esto bien, no son nunca feministas, sino esencialmente anarquistas; no piden jamás la identidad absoluta de los sexos, desean sólo la igualdad humana dentro de la justicia equitativa.

Por eso me ha parecido una contradicción sombría la que manifiesta Moebius aceptando dos principios antitéticos: el amor libre y la vida conventual.

Nada más perjudicial para el desarrollo de la especie que esos votos de castidad y de pobreza ofrecidos en holocausto al fugitivo fantasma de un ideal enfermizo. La atrofia voluntaria de las facultades fisiológicas representa un acto contra natura, una violación de la ley imperiosa que regula la persistencia del tipo humano.

Todo ese mundo con la mirada fija en las tinieblas de la eternidad, sondeando el delicioso ensueño de una gloria celeste; todos esos rostros pálidos, cadavéricos, consumidos por el suplicio del infinito, torturados por el ayuno y la oración, que circulan como misteriosas sombras en oscuros corredores, en celdas austeras, donde la luz penetra velada por tupidas

rejas; esas mujeres, en fin, que han abandonado la hermosa lucha de la vida por el aniquilamiento del claustro, no cumplen la ley de la existencia, son seres egoístas que contaminan dulcemente, arteramente, á los sanos, á los fuertes, á los elegidos.

En cuanto al amor libre, fisiológicamente hablando, es un principio de extraordinaria sencillez; pero aplicado al concepto sociológico, encuentra, para ser comprendido, obstáculos insuperables.

Afinidad electiva, instinto sexual, materialista ó espiritualista, el amor es, en su génesis, tan misterioso como la vida.

No he leído nunca en este asunto discutido hasta la saciedad, frases tan exactas como las de Enrique Heine, que velan discretamente una desconsoladora verdad entre la magia del humorismo y de la palabra poetizada por él.

«¿Qué es el amor?—dice.—¿Ha profundizado alguien su esencia? ¿Ha resuelto alguien el enigma? Acaso lleve consigo la tal resolución mayor tormento que el enigma mismo, y el corazón se aterre y petrifique ante él como á la vista de una Medusa. Serpientes se enroscan en torno de esa palabra que resuelve este enigma. ¡Oh! jamás quisiera saber esta palabra; la miseria que consume mi corazón me será siem-

pre preferible á esta petrificación fría; ¡oh! no la pronunciéis, seres muertos, que, privados de dolor como la piedra, pero también sin sentimiento como ella, vagáis por el jardín de rosas de este mundo y con pálidos labios os burláis de vuestros insensatos compañeros que elogian el aroma de las rosas y se quejan de las espinas.»

Moebius, que confunde lastimosamente la *libertad* con el *libertinaje*, que se obscurece y vacila cuando habla de psicología, que aparece hasta como un degenerado físico en algunos momentos, se eleva cuando trata de la educación de las jóvenes y hace atinadas observaciones, juzgando serenamente la delicada misión de las madres.

Intentaba hablar aquí del monstruoso desquiciamiento que impera en la educación femenina, pero no quiero prolongar mucho esta introducción. Precisamente Moebius, deseando explicar las crudezas de sus ideas, ha hecho tres prólogos, tãn extensos y substanciosos como el libro.

Su indignación se desata ante la *Nora* de Ibsen, degenerada é histérica, que abandona su hogar y su familia para satisfacer aspiraciones *cerebrales*.

Ese tipo incomprensible deslumbró á los

feministas. Tomaron al pie de la letra lo que sin duda era un sarcasmo del poeta del Norte; la mujer seria, la mujer digna, no es tratada como *muñeca* porque no sea *sabia*, y la mujer bien equilibrada no sacrifica los afectos del corazón á las vanidades del cerebro.

No discutiremos á qué sexo corresponde la superioridad mental; el autor no logra llevar al espíritu un completo convencimiento, sin duda porque la antropología y la biología no se hallan aún asaz adelantadas para sentar principios absolutos.

Pero el dilema está perfectamente claro, la diferencia de los sexos marcada con rasgos imborrables; en fisiología son el macho y la hembra; en sociología el hombre y la mujer. Cuanto se aparte de este dualismo, se separa también de la realidad de los hechos, penetrando en el laberinto sin salida de las especulaciones filosóficas.

La diversa aptitud de los dos sexos no indica inferioridad en ninguno de ellos, sino modalidades diferentes, armónicas y necesarias para la marcha de la humanidad.

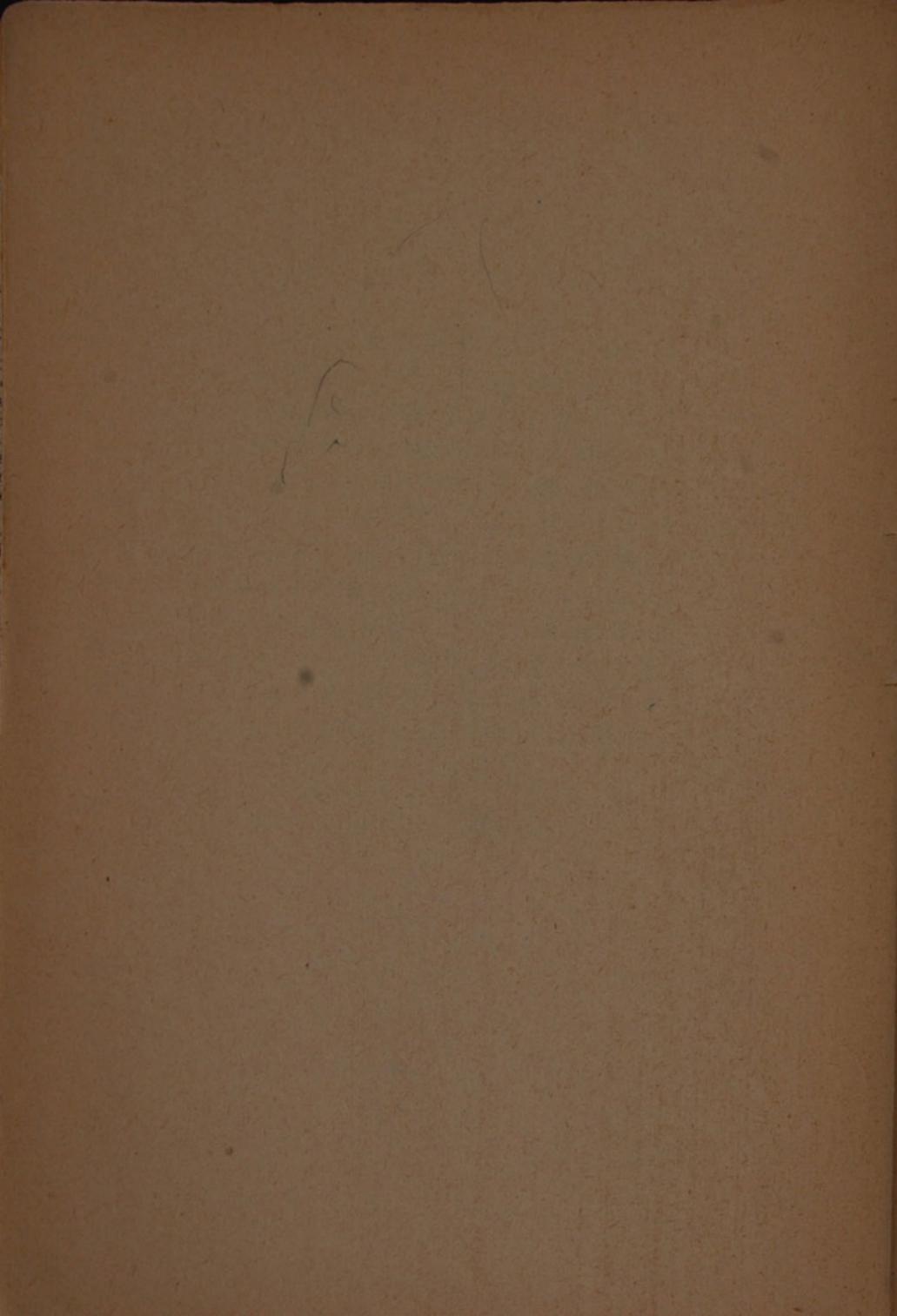
Moebius, como buen alemán, ha hecho un libro seco, árido, descarnado, frío, violento en ocasiones; un libro quizá poco ajustado á un plan, pero de escrupulosa tendencia científica.

En mi concepto, su cualidad más preciosa es la de ser un libro útil, que hace pensar, que provoca las discusiones y que ataca osadamente al feminismo nocivo.

La hembra ha formado á la mujer; la mujer á la madre; la madre creará quizá otro tipo superior; pero no podemos suponer que evolucione en sentido inverso y cree la mujer degenerada, mezcla de los dos sexos, igualmente rechazada por ambos.

En las misteriosas germinaciones de la existencia, la mujer tiene un papel activo de excepcional importancia, admirablemente determinado dentro de su sexo. Todo lo que atropelle ó violente esta tendencia, redundará en perjuicio de la sociedad primero y de la especie después.

CARMEN DE BURGOS SEGUÍ



## Prólogo del autor <sup>(1)</sup>

---

La tercera edición de este libro ha encontrado una acogida amistosa y hostil, como las ediciones anteriores; mas á pesar de todo, esta obra puede servir muy bien como medio de investigar la capacidad del juicio de una mujer. ¿Dudáis de la inteligencia de alguna? Haced que lea LA INFERIORIDAD MENTAL, y si dice que no estoy del todo equivocado, abrazadla estrechamente, porque sin duda es una mujer superior. La experiencia lo ha demostrado así repetidas veces.

Para satisfacción de las señoras, debo manifestar que en esta ocasión la crítica más desabrida parte de los hombres y la publica la revista *Sugend*. No me desagrade esto, en verdad, pero deploro vivamente la conducta de muchos hombres, puesto que mi solo objeto se reduce á demostrar cuán loco es el feminismo.

---

(1) A la cuarta edición alemana.

Pero contra cuántos prejuicios ¡ay de mí! me veo precisado á luchar.

No hace mucho tiempo recibí la visita de un amigo psicólogo.

—Es usted injusto—me dijo—al sostener que la mujer vale menos que el hombre.

—Yo no sostengo semejante tesis; me limito á decir que las manifestaciones ó exteriorizaciones de su cerebro son menores que en el hombre.

—Pero eso hay que probarlo, y ¿cómo lo prueba usted?

—Muy sencillamente: comparando las referidas manifestaciones cerebrales de cada individuo de los dos sexos, las del varón son una mitad mayores.

—Sin embargo, existen con toda certeza cualidades más desarrolladas en la mujer.

—Tontería. ¿Cuáles son, si no, esas cualidades?

Quedóse un momento pensativo y luego exclamó:

—¡La capacidad para el sacrificio!

No pude contener una sonrisa y contesté:

—Y vosotros, los psicólogos, ¿oponéis argumentos como ese? ¡Cómo! ¿Acaso la facilidad de sacrificarse puede ser una propiedad, un don elemental? ¿No veis que varían en su esencia el

valor y el significado del sacrificio según la condición del sacrificado y la causa que motiva el sacrificio mismo? El cordero se deja conducir al matadero dócilmente. Y bien: ¿tal vez será esto efecto de su capacidad para sacrificarse?

Registrando la historia podremos convencernos sin ninguna duda de que en otros tiempos el hombre se sacrificaba tanto ó más que la mujer.

La cuestión del sacrificio está íntimamente ligada con la cuestión moral. Oigo decir á cada paso: «Es verdad que desde el punto de vista intelectual la mujer es inferior al hombre, pero no sucede lo mismo respecto á la parte moral.»

Me es doloroso tener que molestarme en demostrar cosas tan claras. Sin embargo, añadiré dos palabras todavía para aquellos que no tienen reflexión ni son capaces de afrontar la verdad serenamente.

Cada uno sabe, cuando va á ejecutar un acto cualquiera, que es justo ó injusto. No importa averiguar de qué moral está derivado este concepto, ni si se debe á la razón ó á una revelación divina; es una voz que ora parece gritar fuerte y con claras notas, ora nos habla baja é indirectamente la que nos dice lo que es moral en ésta ó aquélla circunstancia, y que nosotros llamamos la voz de la conciencia.

Se pueden sustentar diversas opiniones sobre la conciencia y su origen, pero el hecho es que existe, y sólo en un caso muy complicado ó cuando se está enfermo, no sabemos lo que quiere ni lo que debe hacer (1).

Si el hombre desprecia las inspiraciones de su conciencia, obra mal; si hallándolas justas obra en sentido contrario á lo que ella le aconseja, se conduce como un hombre débil; cuando la obedece, obra bien. El malvado y el irresoluto prefieren lo opuesto á lo que es justo, bien se refiera á la avaricia, al amor, á la vanidad ó á otra cosa cualquiera.

Cuando aquel que posee un juicio discreto no sigue estos instintos egoístas, á pesar de que sobre él influyan un tanto, es porque sin duda dispone de una especial fuerza de resistencia que llamaremos *capacidad moral*.

De manera, que dicha *capacidad moral* puede vencer por dos causas: ó porque sea muy fuerte en sí, ó porque el instinto malo sea débil. En general, una acción moral podrá ser tanto más enérgica cuanto más activos fueren los instintos contrarios.

No queda, pues, probado que porque los

---

(1) El autor habla sólo de la conciencia en el orden moral.—(N. de la T.)

instintos masculinos sean más enérgicos que los femeninos, el hombre que carece de una fuerte capacidad moral no puede alcanzar nunca la misma moralidad que la mujer.

Creo que basta este razonamiento para hacer comprender del modo más sencillo que la mujer aparece siempre dotada de una moral más recta, que no es debida sino á la debilidad de los instintos contrarios, en tanto que el camino recto es más áspero para el hombre.

Debo agregar, además, otra consideración: la aspiración final, el bien supremo (puede también decirse «la voluntad de Dios»), se cifra en que en la totalidad del espacio y del tiempo el placer aumente (se ennoblezca y difunda) y disminuya el dolor.

Cuanto más busque el individuo este bien supremo y mejor realice la voluntad de Dios, tanto más moral será en el más elevado sentido.

Inferiría una ofensa al lector si juzgase necesario demostrarle, con la historia en la mano, que esta moralidad activa que aspira á lo justo tiene un carácter más bien masculino que femenino.

El falso concepto de que la mujer iguala al hombre por la moralidad, ó quizá lo supera, no tiene solamente su origen en el hecho de que la

capacidad moral encuentre en la mujer menos obstáculos que en el hombre, generalmente, sino también en el hecho de que la mujer, gracias al don que la Naturaleza le ha concedido, está físicamente conformada de distinto modo, por lo que en ella las causas recíprocas en los instintos son muy diferentes.

Y como la constitución del alma femenina es más sencilla que la masculina, en ella es menos violenta la lucha.

El amor conyugal y el materno alcanzan una preponderancia tal sobre los demás instintos, que, en condiciones normales, la mujer obtiene sin esfuerzo la victoria. Está muy en uso elevar hasta las estrellas la paciencia de la mujer. Hay casos en que esta fama tiene un valor real, como cuando asiste solícitamente al niño enfermo, y en otros casos semejantes que se refieren á un sentimiento de amor especialmente femenino. Pero en sus trabajos diarios, en la facilidad que tiene para soportar todo género de contrariedades, concurre una especie de entumecimiento, un defecto de energía y de vivacidad del espíritu. El hombre se rebela contra tales circunstancias, reserva su paciencia para las cosas que no valen la pena, y en el campo de actividad que le corresponde demuestra una paciencia más que suficiente.

Así acostumbra á decirse de las restantes que son *virtudes femeniles*.

Todos los padres saben que es más fácil educar á las niñas que á los niños, pero no creen por eso que aquéllas sean mejores que éstos moralmente.

En la vida real la cosa es clara, pero al escribir para el público perdemos los hombres el buen sentido.

Cada uno tiene derecho á glorificar la prerrogativa femenina, y los hombres lo han hecho siempre lealmente, pero yo hablo aquí ahora de lo útil, de lo deleitable, de lo conmovedor, y no tomo á juego á cada paso cosa tan grave como la moral.

\*  
\* \*

Dos palabras más acerca de algunos libros que he tenido hace poco tiempo ocasión de leer (1). Belltez es un valiente escritor suizo que tiene cátedra en Stuttgart. Demuestra con claridad la diferencia de los dos sexos y arroja una ducha helada sobre las vanas exclamaciones de los feministas. Sin embargo, como guía sus pasos según las palabras de la Biblia, temo que pueda parecer demasiado áspero á algunos, y

---

(1) *Maun und Weib*, Bielefeld und, Leipzig, 1900.

yo mismo no puedo seguirle en todas sus disertaciones.

Adela Gerhard y Elena Simón (1) han tratado con mucha competencia este asunto, de cómo la maternidad puede armonizar con el trabajo mental de la mujer. Estas señoras han estudiado las biografías y han recopilado opiniones escritas de buen número de mujeres que en dicho estado ejercieron artes liberales. Ante todo consideran á la madre como actriz, música, pintora, poetisa, científica, agitadora y periodista. Entre dichas opiniones se cuentan sobre unas 420 mujeres profesoras de diversos artes; 156 solteras; 264 casadas; 213 sin hijos (solteras, casadas sin hijos y las que han dado á luz hijos muertos); 267 madres, y de éstas pasan de 147 las que han tenido más de un hijo vivo. (Este dato es insuficiente, pues con frecuencia se ven matrimonios con dos hijos).

Como final de su recopilación, las autoras dicen así: «Pero en la mayor parte de los terrenos de la actividad debe reconocerse en absoluto que el esforzarse en los trabajos mentales es á veces dañoso y llega á extinguir la capacidad mental en un período más ó menos avan-

---

(1) *Mutterschaft und gestige Arbeit*, Berlín, 1901: G. Reimer.

zado de la vida; por esto, en la mayor parte de las susodichas ocupaciones es inevitable un conflicto entre la actividad intelectual y artística y la vida femenina, ya de por sí sobrecargada de deberes.

»No parece posible hallar solución á este conflicto, porque tanto la opresión de la mujer como criatura sexual, como la represión de los estímulos hacia la producción intelectual, acarrearán serios peligros, bien á cada individuo particularmente, bien á la generalidad.»

Si, como reconocen los autores, existe un antagonismo entre la vocación natural de la mujer y la vocación artística, es fácil deducir que estas últimas son contrarias á la naturaleza femenina, y las mujeres que, no obstante esto, se deciden por semejante camino, se apartan de la naturaleza femenina ó son degeneradas.

Las autoras no quieren entender de mi tesis que «las mujeres doctoras ó artistas son producto de una degeneración», pero todo su libro no es más que una continua prueba de esta tesis. Sin embargo, no debe tomarse la palabra *degeneración* en el sentido vulgar, esto es, no debe juzgarse arbitrariamente sobre este concepto. También las flores dobles son degeneradas y no por ello dejaremos de encontrarlas bellísimas.

Desde el punto de vista práctico debemos convenir con estas escritoras cuando afirman que el conflicto no puede resolverse. Se quiera ó no se quiera, nacerán siempre mujeres singularmente dotadas y sería una crueldad inútil querer acumular obstáculos ante el desarrollo del verdadero talento de una mujer.

Las mujeres dotadas de talento son real y verdaderamente víctimas, sea porque merced á sus aptitudes intelectuales renuncian á los impulsos de su naturaleza, sea porque cuando son madres deben esforzarse en servir á dos señores distintos.

Nada se adelantará con defenderlas, porque la humanidad tendrá siempre sus víctimas, pero habremos demostrado que cometerían una imperdonable ligereza aquellos que, concedores del antagonismo ya citado, lancen en el conflicto, sin ninguna necesidad, á jóvenes que carezcan de eminentes dotes.

La emancipación de la mujer está justificada solamente cuando la impulsa más las aspiración moral que la necesidad material; sin embargo, en cualquier caso se puede definir su extensión en cuanto que se deriva de la necesidad.

Todos aquellos que tienen por principio la libertad, estimulan el cerebro femenino, come-

tiendo un verdadero delito, y redundan en honor de estas escritoras el hecho de que contra su voluntad así lo reconocen lealmente.

En el fondo, debe vituperárselas que intenten apoyar una cosa lógica, la emancipación de la mujer en «el insustituible valor que su trabajo tiene para la sociedad». Se comprende que han formado una gran opinión de la capacidad de sus hermanas.

Á mi juicio, no son absolutamente indispensables más que las actrices y las cantantes. Ninguna persona sensata querrá sostener que son necesarias las pintoras, las escultoras, las doctoras, etc., etc. Queda la poesía, ó por decir mejor, ya que las poetisas son *rarisimas aves*, las escritoras de novelas. He oído decir repetidas veces que las ideas y sentimientos de las escritoras tienen algo de inspiración singular («Nuevos mundos llenos de misterios»), pero, á decir verdad, en vano buscaremos en ellas alguna cosa nueva é indispensable. Si no me engaño, las citadas autoras declaran insustituibles las obras de Jorge Sand. No sería en verdad un gran daño que esos libros, esencialmente morbosos, no existieran.

Como quiera que sea, aseguro que el concienzudo trabajo de estas señoras puede dar buenos frutos, demostrando la enorme dificul-

tad que encuentran también las jóvenes y las mujeres mejor dotadas (que son las menos) para ocuparse de labores masculinas y ser, al mismo tiempo, madres; esto podrá servir de aviso á la gran masa de medianías.

\*  
\* \*

Recientemente ha visto la luz un grueso volumen de la escritora Lily Braun (1), sobre la cuestión de la mujer, escrita con gran soltura y competencia. La autora demuestra allí poseer un juicio claro, y considera ridículas y exageradas muchas de las teorías feministas. Todos sus documentos concuerdan de hecho con mi opinión. No obstante, lo bueno está confundido con lo malo, porque la autora se halla dominada por dos principios fundamentales. Por una parte se une al movimiento general de la mujer que se propone «librarse de la esclavitud social por medio del trabajo individual, ó sea hacerse independiente del pícaro hombre», y por otra parte ella es una ferviente socialista y no puede eximirse de romper una buena lanza por la defensa de las clases trabajadoras.

En el movimiento femenino ve una prueba

---

(1) *Frauenfrage, ihre geschichtliche Entwicklung und ihre wirtschaftliche Seite.*—Leipzig, S. Hirzel, 1901.

de la miseria y se muestra muy inclinada á promoverlo con entusiasmo; juzga bien en la parte económica, pero no llega á librarse por completo de la locura femenista.

Todo lo que la autora habla en calidad de feminista, atribuyendo á la mujer las mismas facultades del hombre, hace poco honor á la verdad, cuando no tiende más bien á la tontería. (En la página 191 se lee, entre otras cosas, que ¡los *deficientes* tienen los lóbulos frontales del cerebro más voluminosos!)

Entona la vieja y necia canción de que no se sabe todavía cuánto encierra la cabecita de la mujer, y cosas por el estilo. Lo extraño es que, admitiendo la autora que hasta el presente no se ha revelado el genio femenino, se apresura á añadir que aparecerá en el campo de la ciencia socialista. (Sin duda la modestia le prohíbe referirse á su propia obra.) Si la autora hubiese renunciado á las tendencias feministas y hubiera reconocido la verdad fisiológica, su libro habría ganado, subsistiendo, sin embargo, intacta toda la parte esencial.

Las feministas serán arrastradas por la manía de la emancipación, y si quieren la libertad á toda costa, bien pronto llegarán á la anarquía.

Sin embargo, todo esto nada tiene que ver

con el socialismo, el cual ofrece los medios contra la miseria social, por medio de las leyes y de la justicia, y no con la libertad absoluta. Si los socialistas se asociaran á la mentira feminista, no harían más que perjudicar su causa. Concesiones de derechos iguales en un sentido racional, no pueden significar que se cometan injusticias con nadie, y que por lo tanto aquellas concesiones sean una merecida compensación.

Se proponen invocar la igualdad basándola en el principio de que todos los hombres son iguales, como pretendían los revolucionarios de tiempo atrás, y eso es predicar una estupidez, porque los hombres no son iguales, y mucho menos los dos sexos.

La señora Braun, por lo demás, no tardará en experimentarlo muy pronto; será *negada* por los feministas de pura sangre, á la vez que todos cuantos están de mi parte podrán compartir tranquilamente sus ideas acerca de las mujeres trabajadoras.

En efecto, esta loca idea de igualdad no tiene nada que ver con el movimiento del *proletariado femenino*; se trata solamente de la supresión de la miseria, fruto de nuestras desgraciadas condiciones sociales; se trata de establecer la justicia respecto á las mujeres y á

los niños que se ven precisados á ganarse el pan.

La autora descubre toda la miseria que acompaña el trabajo de la mujer. Puede asegurarse que pinta en negro sobre negro, porque, en realidad, las cosas no son tan extremadas, pero no obstante, son en verdad bastante crueles.

Tiene también razón la autora en cuanto á lo de la lucha enérgica de las trabajadoras explotadas, unidas con los trabajadores en contra de los explotadores inicuos; pueden, en efecto, llegar á una mejora real. Pero no quiero pronunciarme en su favor porque no es mi idea juzgar las teorías sociales.

Dos palabras todavía sobre el final del libro en cuestión. Según la autora, la obrera debe quedar igual también en la sociedad futura, pero su vida se tornará más fácil por cuanto la mayor parte de sus trabajos caseros será abolida.

Admitamos de buen grado que puedan instalarse establecimientos centrales de cocina, de lavado de ropas, etc., etc., y admitamos también que, merced á estas instituciones, la mujer pueda quedar libre para otros quehaceres; pero no esperemos que en un porvenir mejor los sexos sean de tal modo distintos que para

el hombre se convierta el empleo en cosa principal y para la mujer sea cosa accesoria. La verdadera maternidad y el grave cargo del trabajo, que es propio del hombre, serán siempre incompatibles entre sí, y hasta en el más lejano porvenir la ocupación principal de la mujer será la maternidad, y cualquiera otra *ocupación* deberá ser puramente accesoria.

P. J. MOEBIUS

# La inferioridad mental de la mujer

---

SE PUEDE HABLAR DE LA DEFICIENCIA MENTAL FISIOLÓGICA DE LA MUJER EN DOS SENTIDOS.

## I

No es tarea fácil explicar en qué consiste la deficiencia mental. Puede decirse que es lo que se encuentra entre la imbecilidad y el estado normal; pero es muy difícil de señalar el punto que separa la deficiencia mental del estado normal. Para designar este último no disponemos de una sola palabra apropiada. En la vida común están en uso dos términos contrapuestos: *inteligente* y *estúpido*. Es inteligente aquel que es capaz de discernir bien; al estúpido, por el contrario, le falta la facultad de la crítica.

En la práctica no debe establecerse una diferencia esencial entre la estupidez y la forma ligera de la deficiencia mental. No se alegue que la estupidez puede volver á lo normal, mientras que la deficiencia mental entra ya bajo la forma de enfermedad, porque esta contraposición de términos es usada vulgarmente con malos propósitos y tiene origen en una inconsiderada confusión de apreciaciones.

Desde el punto de vista científico, lo que suele llamarse estupidez puede ser considerado tanto como una anomalía morbosa, tanto como una enorme reducción ó debilidad de discernimiento. Por otra parte, existe realmente una deficiencia *fisiológica*, toda vez que el niño es deficiente, comparándolo con el adulto, é igualmente cuando en la senectud no puede detenerse una enfermedad (á pesar del dicho: *senectus ipsa morbus*) (1), mientras que, cuando menos, á la vejez se añade, más pronto ó más tarde, una disminución de las facultades mentales.

---

(1) La misma vejez es ya una enfermedad.—(N. de la T.)

Es muy común, finalmente, la palabra estupidez para designar las alteraciones morbosas; así suele decirse: «Se ha vuelto imbécil á causa del vino», ó bien: «Se ha quedado tonto de resultas de una enfermedad febril.»

Entretanto, si pretendemos hacer entrar la estupidez en la deficiencia mental, no por eso habremos descartado las dificultades, porque no quedan fijados los límites de la estupidez y lo normal. Desde cierto punto de vista, cada uno es estúpido; éste en la música, aquél en las matemáticas, un tercero en las lenguas, en el comercio, etc., etc., por lo que se debe distinguir una deficiencia mental parcial y una general.

No sin razón se dirá que hay talentos especiales que no reflexionan, y que en vez de esto sería de desear que estuviesen dotados de una parte de buena capacidad; pero ¿qué significa esta parte? ¿Debe trazarnos el límite de la normalidad?

También en este caso, como en todas cuantas ocasiones se trata de determinar las más sutiles distinciones patológicas, que

no pueden definirse con los groseros datos de la clínica periodística, tropezamos con la falta de un *canon mental*.

Para la forma del cuerpo tenemos una regla y podemos determinar fácilmente si un cierto número de centímetros entra ó no en la norma, empero para las facultades mentales carecemos de una regla y domina el arbitrio de cada cual.

Sería necio creer que la incertidumbre que domina actualmente sea necesaria, porque no es posible señalar límites donde en realidad no existen. No; por fortuna no estamos sometidos á semejante renuncia; á poco que se tome la pena, ha de llegarse á establecer un canon aproximado y á limitar la incertidumbre, si no á desterrarla del todo.

En general, y del mismo modo en cada especie, será justamente aplicado el concepto de deficiencia mental cuando no se refiere á todas, sino á determinada especie, esto es, á personas de cierta edad, de uno ú otro sexo, de este ó de aquel pueblo.

El comportamiento normal del niño es patológico en el adulto, así como el de la

mujer lo es en el hombre y el del negro en el europeo.

Es muy importante establecer comparación entre los varios grupos, porque sólo de esa manera podremos saber lo que es lícito esperar de un miembro de determinado grupo y evitaremos el peligro de juzgar estúpido á un hombre sólo porque no llegue adonde llega otro, llevado tal vez por la casualidad. Ó, de otro modo, deficiencia mental es una relación, y la frase *deficiencia* no adquiere significado sino comparándola. Así, mientras no pueda compararse un miembro de un grupo determinado al miembro de otro grupo, se pueden muy bien confrontar dos grupos diferentes. Un esquimal que no sabe contar más que hasta ciento, como esquimal no es deficiente, pero lo será comparado con un alemán ó un francés.

\*  
\* \*

Ahora ¿cómo se verifica esto con respecto á los sexos?

Es indudable que las facultades mentales del hombre y de la mujer son muy di-

ferentes entre sí; pero ¿será posible un paralelo por el hecho de que las mujeres tengan mayor capacidad para una cosa y los hombres para otra, ó bien las mujeres en sí mismas son verdaderamente deficientes respecto á los hombres?

Un antiguo proverbio da la respuesta: «Cabellos largos, cerebro corto»; pero la moderna sabiduría no quiere comprenderlo; para ella la inteligencia femenina está, por lo menos, á igual altura que la del hombre.

Un mar de tinta se ha consumido sobre este argumento y todavía estamos bien lejos de llegar á un acuerdo entre las diversas opiniones, y mucho más lejos aún de ver cercana la luz. El mejor dictamen en este asunto es la primera parte de la obra de Lombroso y Ferrero (1), en la cual se trata de la mujer normal.

Verdaderamente no puedo aceptar todos los datos de los autores ni asociarme á todas sus conclusiones, pero en su obra

---

(1) C. Lombroso y G. Ferrero, *La mujer delincuente, la prostituta y la mujer normal*.—Roux editor.

razonan ampliamente la demostración de la inferioridad mental de la mujer: Lo expuesto por los dos escritores ocupa 180 páginas impresas y está, sin embargo, en una forma aforística. Para tratar á fondo el asunto se llenaría un grueso volumen, y por eso se comprenderá que yo no tome en cuenta más que las cosas más esenciales.

Es siempre un buen método científico el de seguir tanto la vía directa como la indirecta; en nuestro caso es bueno no atenerse solamente á las observaciones psicológicas, sino tomar del mismo modo en consideración los datos anatómicos.

Desde el punto de vista total, haciendo abstracción de las características del sexo, la mujer está colocada entre el niño y el hombre, y lo mismo sucede, por muchos conceptos, desde el punto de vista psíquico.

Particularizando, es cierto que hay algunas diferencias; así, en el niño, la cabeza, en proporción, es más grande que en el hombre, mientras que en la mujer la cabeza es más pequeña, no sólo en la

medida absoluta, sino también en la relativa (1).

Un cráneo pequeño encierra evidentemente un cerebro pequeño; pero aquí puede hacerse la objeción (que ya fué lanzada contra las objeciones de Birchhoff acerca del peso del cerebro) de que un cerebro pequeño puede ser de igual valor que uno grande, siempre que estén conservadas íntegramente todas las partes necesarias para la vida psíquica (2).

Bajo este aspecto son más interesantes, ó por lo menos más persuasivas, las indagaciones comparadas entre cada una de las partes del cerebro, y tienen especial importancia los datos de Rüdinger, los cuales, á mi entender, no son tan conocidos como merecen.

---

(1) Se ha encontrado muchas veces en las mujeres de mediana estatura una circunferencia craneana de 51 centímetros. Este hecho no se registra en los hombres físicamente normales, á no ser en las enfermedades siguientes: deficiencia ó idiotismo. Las mujeres antes citadas son, por el contrario, perfectamente capaces, según demuestra su examen.

(2) El cerebro de Voltaire es de los más pequeños que se conocen y basta para contener un mundo.—(N. de la T.)

Rüdinger (1) ha observado que en los recién nacidos el número de circunvoluciones que se hallan en torno de la cisura de Silvio es más sencillo y posee menos sinuosidades en las hembras que en los machos; además, que la *Isla del Reil*, en el medio, es un poco mayor, en todos sus diámetros, en el cerebro de los varones, que está surcada más profundamente y es más convexa que en las hembras. Ha demostrado que en los adultos, la tercera circunvolución frontal es más pequeña en la mujer que en el hombre (v. págs. 3 y siguientes, tabla IV), especialmente en aquellas secciones que suceden inmediatamente á la circunvolución central.

El examen de la tabla demuestra que la diferencia es muy notable. En fin, Rüdinger ha probado que en el cerebro femenino el derrame de toda la circunvolución media del lóbulo parietal y la del pasaje superior superointerno experimenta un retardo en su desenvolvimiento.

En los hombres poco desarrollados en

(1) *Ein Beitrag zur Anatomie des Sprachcentrums*, Stuttgart, 1882.

la parte mental (un negro, por ejemplo), encuentra los mismos datos anatómicos hallados en el lóbulo parietal de la mujer, mientras que en los hombres bien dotados físicamente, el gran desarrollo del lóbulo temporal les da un aspecto completamente distinto. Rüdinger encontró estos datos reducidos al máximo de la simplicidad en una mujer bávara, y sobre este caso se ocupa de un tipo de cerebro «semejante en todo al de las bestias».

En todos sentidos queda completamente demostrado que *en la mujer están menos desarrolladas ciertas porciones del cerebro que son de grandísima importancia para la vida psíquica, tales como las circunvoluciones del lóbulo frontal y temporal, y que esta diferencia existe desde el nacimiento.*

Si el hombre y la mujer poseen las mismas circunvoluciones cerebrales, las cuales difieren solamente en el grosor, es admisible que el uno y la otra se hallen dotados de las mismas facultades mentales, en cuyo caso la diferencia será *cuantitativa*, y que no existan cualidades exclusivas para uno de los dos sexos.

Respecto á la sensibilidad, parece que es, poco más ó menos, lo mismo en los varones que en las hembras. Lombroso cree que las sensaciones de dolor son menores en la mujer. Pero aceptando sus testimonios en términos generales, debemos aún tener en cuenta que se trata, no ya de una menor agudeza del sentido del tacto, sino de una menor reacción psíquica hacia los estímulos internos.

Así, pues, atendiendo á esto, en ciertas distinciones sutiles, como por ejemplo, probar una tisana ó elegir una tela, los hombres más listos pueden equivocarse, mientras que saben juzgar, sin embargo, mejor que las mujeres las mismas diferencias de las sensaciones. El placer que la mujer experimenta con los colores, no debe tomarse como demostración de mayor sensibilidad hacia ellos, pero tiene su razón de ser en causas psíquicas.

No sucede otro tanto con lo que se refiere á la esfera impulsora, porque en cuanto á fuerza y destreza, la mujer es muy inferior al hombre. Ella prefiere ciertas obras que requieren especial destreza, solamente

en vista de su debilidad, y de aquí tiene origen la creencia de que los dedos femeninos están dotados de una agilidad peculiar, pero apenas el hombre emprende un trabajo femenino, tal como los de sastre, cocinero, tejedor, etc., produce, muy en breve, mejores obras que la mujer.

En el fondo, la habilidad manual es una función de la corteza cerebral, tal como el juicio acerca de las sensaciones, y por eso pasaremos á indagar punto por punto las diferencias de los sexos en cada una de las facultades psíquicas.

Una de las diferencias esenciales se encuentra, ciertamente, en el hecho de que el instinto de la mujer domina en un campo de acción mucho más vasto que en el hombre. Tracemos una línea recta en esta dirección desde la tendencia que halla natural obrar por instinto, á la otra natural, cuyas acciones están subordinadas á la reflexión.

En general, la característica de un alto desarrollo psíquico está en que el instinto tiene una influencia siempre menor, mientras que la reflexión no tiene siempre una

mayor, acaso porque el carácter propio de la especie se va constantemente individualizando más.

Hablamos del instinto cuando una acción coordinada á un fin viene seguida de ejecución, sin que el que la lleva á cabo sepa el por qué; cuando se presentan ciertas circunstancias, se pone en acción dentro de nosotros un mecanismo, y obramos como si una inteligencia que nos es extraña presidiese nuestras acciones. Hablamos también de un *conocimiento instintivo*, cuando acertamos á dar una opinión sin saber cómo. En el fondo no existe acción ni conocimiento que estén separados del instinto, ya que una parte del proceso mental cae siempre en lo inconsciente; á pesar de esto, existen diferencias graduales cuando la conciencia del individuo toma parte en el conocimiento de las cosas y los actos que realiza, cuando el sujeto ha evolucionado y está individualizado, diferenciado.

Un estado intermedio entre lo que es sólo instintivo y lo que es lúcidamente consciente ó sabido, se llama *sentimiento*. Obrar por sentimiento, tener cualquier cosa

por buena, *á ciegas*, como suele decirse, significa obrar á medias por instinto.

El instinto presenta grandes ventajas, es infalible (1) y no proporciona ningún género de preocupaciones; el sentimiento participa de la mitad de estas ventajas. De modo que el instinto hace á la mujer semejante á las bestias, siempre dependiente de la influencia extrínseca, segura y consciente de sí misma. En ella se agita la fuerza singular del instinto que la hace aparecer verdaderamente admirable y atractiva (2).

Muchas de las características femeniles están reconocidas por su semejanza con la bestia; ante todo, la carencia de opinión propia. Lo que es considerado generalmente bueno y verdadero, es para las mujeres verdadero y bueno. Son rígidas conservadoras y odian la novedad, exceptuando los

(1) El autor dice esto demasiado absolutamente.—(N. de la T.)

(2) Admitiendo desde luego sin reserva, como el autor lo hace, la existencia de los instintos en el ser humano, en vez de los actos reflejos, es evidente que tanto el hombre como la mujer, dominados por ellos, han de parecerse á la bestia, pero ni el instinto obra solo, ni puede dar ningún atractivo.—(N. de la T.)

casos en que lo nuevo les aporte una ventaja personal, ó bien cuando la novedad agrade á su amante.

Como los animales, obran lo mismo desde tiempo inmemorial, y así el ser humano se hallaría estacionado en un estado originario si no existieran más que mujeres. Cada progreso es obra de un hombre. Por eso la mujer es para ellos una pesada carga; les impide emplear todas sus energías en insaciables indagaciones y en sus numerosas innovaciones temerarias, y del mismo modo pone también en el cepo las nobles y acertadas, porque no tiene facultad para saber distinguir por sí misma el bien y el mal y subordina todas las cosas á lo consuetudinario y al *así lo dice la gente*.

La carencia de sentido crítico se manifiesta igualmente en la sugestionabilidad. El instinto no domina en ella, como en los animales, casi aislado de todo, pero está sujeta al pensamiento individual, y aun éste no es capaz de caminar solo y debe apoyarse en cualquier otro juicio que, seguido de las prevenciones dadas del amor ó de la vanidad, le parezca digno de crédito.

De este modo se da la aparente contradicción de que las mujeres empeñadas en defender las antiguas costumbres corran diligentes y sin embargo hacia toda nueva moda; son conservadoras, pero acogen como bueno todo absurdo, por poco que les sea hábilmente sugerido.

Con libertarse de todo lo que es instintivo, con la conquista del propio *yo* y con el nacimiento del pensamiento individual, aumenta, en la misma proporción, el egoísmo, ó por mejor decir, el individuo que es egoísta por naturaleza obra inconscientemente en favor de los demás mientras que lo hace por instinto, mas apenas comienza á pensar, obra en sentido contrario á las tendencias sociales.

Solamente un gran desarrollo psíquico da la convicción de que el aumento del bien general acrecienta de igual manera el bien individual.

La mayoría de las mujeres se detienen en el estadio del centro ó terreno del medio. Su moral es, sobre todo, moral de sentimiento, ó sea una rectitud inconsciente; la moral que deriva del raciocinio les es

instinto y sentimiento  
moral.

inaccesible, y la reflexión no consigue más que hacérsela peor. Á esta unilateralidad se agrega una limitación de visual conexa con su natural posición. Ellas viven pendientes de sus hijos y de su marido; lo que es extraño á la familia no las interesa (1).

Justicia, sin reparar á quién, es para ellas un concepto vacío de sentido. Sería injusto, no obstante, deducir de esto que las mujeres son inmorales. No; tienen sólo una moral unilateral ó defectuosa en parte. En tanto están dominadas por el amor, ó apenas la presencia del dolor excite su sensibilidad, son capaces de cualquier sacrificio, y no es extraño que entusiasmen al hombre más frío.

Pero en el fondo no tienen el sentido de lo justo, é interiormente se ríen de la ley y la violan en cuanto el miedo se lo permite. No consiguen dominar los afectos y están incapacitadas también para el dominio de sí mismas. Los celos ó la vanidad

(1) Inexacto, pues fanatizadas, prefieren más que nada los intereses de la religión y del sacerdote á los del hogar, con un ahinco que se llama heroísmo entre hombres.—(N. de la T.)

descontenta ó herida, suscitan en ellas tempestades que no dejan campo á ninguna reflexión de orden moral. Si la mujer no fuese débil física y mentalmente, si, por lo demás, no la hicieran inofensiva las circunstancias, sería un ser altamente peligroso. En los tiempos de disturbios políticos, la humanidad ha empezado á conocer con temor la iniquidad y la crueldad de las mujeres, lo mismo que cuando una mujer es elevada al poder supremo.

En la vida común, estas dos características se manifiestan con la actividad del lenguaje y de la pluma bajo la forma de injurias, calumnias y cartas anónimas.

La palabra es el arma de las mujeres, porque su debilidad física les impide combatir con las armas en la mano y su debilidad mental las obliga á renunciar á las pruebas de hecho, por cuya razón no les queda otra arma que la palabra.

La discusión y la manía de charlotear han sido consideradas en todo tiempo como especialidad del carácter femenino. La charla proporciona á las mujeres un placer infinito, y es el verdadero *sport* femenino.

Esto puede explicarse, tal vez, pensando en los juegos que los animales hacen por ejercicio. El gato se arroja sobre la bola de papel y se ejercita así para la caza del ratón (1); la mujer ejercita la voz en la vida natural para hallarse siempre pertrechada en las batallas de la palabra.

\*  
\* \*

Después de estas características de orden general, hay que enumerar igualmente las facultades intelectuales.

Debemos distinguir, de una parte, la recepción y conservación de las imágenes, ó sea la percepción y la memoria, y por otra, la asociación voluntaria de las representaciones y la formación de nuevos juicios.

La percepción y la memoria en algunas mujeres que no brillan, sin embargo, por su especial talento, no son, en verdad, defectos. Cuando quieren, comprenden perfec-

---

(1) Falso; no se ejercita, no tiene idea de ejercicio, es una función instintiva, un impulso ciego hacia lo que se mueve, propio de su organización; en la mujer, la razón es otra.—(N. de la T.)

tamente y fijan en su imaginación (1) todo cuanto aprenden, lo mismo que los hombres. Así, como las mujeres son por naturaleza condescendientes y sufridas, se comprende bien que posean la prerrogativa de convertirse en discípulos modelos.

En todos los países donde se obstinan las mujeres en seguir estudios superiores, está universalmente reconocido que son excelentes alumnas, y cuanto más corto de comprensión sea el profesor, con tanta mayor complacencia cultivará la cuidadosa aplicación de sus discípulas; aplicación que se reduce á aprender de memoria las materias que se les enseñan.

Por consiguiente, si, á pesar de esto, la gran masa del sexo femenino aprende muy poco y en breve olvida lo que ha aprendido, este hecho no debe atribuirse á poca capacidad, sino á la falta de buena voluntad.

La mujer de la clase media tiene exclusivamente intereses personales, y si no ve

---

(1) Es preciso notar una gran confusión de términos é ideas en todo lo que toca á la psicología. No resiste el más ligero análisis.—(N. de la T.)

en la instrucción una ventaja personal en una cercana perspectiva, por lo general es contraria á la instrucción. Muy raramente se da un caso de verdadero interés.

Nuestro juicio, relativamente favorable acerca de su capacidad para comprender, encuentra su contraposición en lo comprobada que está la absoluta esterilidad mental de la mujer.

El punto más elevado á que puede llegar una mujer que se presenta como buena discípula, es conservar, en el mismo sentido tomado del maestro, el método aprendido de él.

Por lo contrario, el crear, el inventar nuevos métodos, resulta imposible para ella; no puede, por decirlo así, hacerse *maestro*, por cuanto el maestro es aquel que inventa alguna cosa.

Á menudo, y con buen deseo, los hombres que han sugerido á las mujeres la manía de la emancipación ponen en práctica el ardid de persuadirlas de que les ha faltado solamente el ejercicio mental, porque, como las negras de África, han sido esclavas del macho de robustos músculos, y que

en su larga esclavitud su mente se ha atrofiado (1).

Estos conceptos se conocen generalmente por las locuras darwinistas: que la atrofia del cerebro así adquirida se hace después hereditaria, y que lo contrario debe suceder cuando las mujeres hallan ejercitado el suyo; los niños que nazcan entonces estarán dotados de un gran cerebro; estupideces estas que pueden á lo más escucharse como si existiese en el género humano la reproducción por *partenogénesis*.

Verdaderamente no se puede juzgar sin certeza con mayor desenvoltura de la que está en uso entre los feministas.

Para terminar, toman en consideración todos los terrenos en que las mujeres de cada época han sido tratadas liberalmente y han podido dejar obrar á su talento.

La música, por ejemplo, no es del especial dominio del hombre; son más las mujeres que están iniciadas en el divino arte;

---

(1) Lo cual tiene mucho de cierto por diez mil razones probadas.—(N. de la T.)

pero ¿qué grandes cosas han producido? Tocan y cantan muy bien, pero nada más. ¿Dónde están los compositores del sexo femenino que señalen verdaderamente un adelanto musical? *True, and no one besides them for composing.*

En la pintura no existe una marcada diferencia entre los artistas creadores y los artistas ejecutores; todos pintan, y no es fácil distinguir si alguno ha legado una creación, á pesar de lo cual no es difícil advertir que la mayoría de las pintoras están privadas de fantasía creadora y no saben salir de una técnica mediocre: flores, cuadros de género y retratos. Muy raramente se encuentra un verdadero talento, y aun éste con rasgos que demuestran un hermafroditismo psíquico.

La incapacidad para combinar, ó sea respecto del arte la carencia de fantasía, toma, al complementarse, todo su valor en el ejercicio de las artes por parte de la mujer. Lo mismo puede decirse de las demás esferas de la actividad intelectual.

Recordaré entre otras la obstetricia; el desarrollo de esta ciencia fué más bien

retardado que impulsado por las mujeres (1).

También las escritoras de novelas que, á decir verdad, son pocas, narran en forma atrayente, y las aun más raras poetisas caminan siempre por senderos trillados y pululan de acá para allá llevando impresos sus trabajos con el cuño grabado por los hombres.

En Alemania  
Ch. Heine

En cuanto al arte culinario y al de vestir, progresan gracias también á los hombres, puesto que son ellos los que encuentran las nuevas recetas de cocina y las nuevas modas.

Todo cuanto vemos en rededor, todos los utensilios domésticos, los instrumentos del uso diario, todo está inventado por los hombres.

Se comprende de este modo por qué la ciencia, en el sentido estricto de la palabra, no ha recibido ninguna ampliación por par-

---

(1) Véase el discurso conmemorativo del señor Runge (*Männliche und weibliche Frauenheilkunde*, Göttingen, 1899), que llega á mis manos después de la publicación de este libro. Véase también H. Scheleur, *Frauen sin Reiche Aeskulapis*, Leipzig, 1600.

te de la mujer y cómo es en vano esperarla para el porvenir.

Las pocas doctoras de quienes la historia del segundo milenario transcurrido registra los nombres, eran mujeres estudiosas y nada más.

Se entiende que esto es aplicable también á la mayor parte de los sabios del género masculino, pero aquéllas se encuentran en la cumbre de su sexo y éstos constituyen un terreno inferior, sobre el cual se elevan ó yerguen los verdaderos gigantes del pensamiento.

También en la vida común se observa, no solamente la incapacidad del espíritu femenino para las combinaciones, sino también la carencia del pensamiento independiente, características que forman á menudo una antítesis notable con su facilidad para la comprensión; á esto se agrega una falta de experiencia que le hace transformar, sin duda, los deseos en motivos y las simpatías en pruebas.

Por otra parte, ese realismo, que es exclusivo de la mujer y que la hace considerar solamente las ventajas y las desventa-

jas y sigue en busca de su fin, sin detenerse ante consideraciones de hechos, tiene también verdaderas utilidades prácticas, y hace que la mujer, al cabo, llegue á vencer al hombre, el cual es cauto por naturaleza, y lo lleve á considerar las cosas desde muchos puntos de vista independientes de la persona.

No obstante, esta astucia femenina no es en ella un indicio de altas dotes mentales; la mujer, frente al hombre, hállase en un todo en las condiciones de un comerciante ladino frente á un artista ó á un hombre de ciencia. Por lo demás, la sutileza femenina puede amainar de una vez todas las velas si por acaso se encuentra con la penetración masculina y esta última no está paralizada por el instinto sexual.

La astucia está sostenida en el disimulo. La mujer se ve constreñida á disimular sus necesidades sensuales, ejercita el disimulo instintivamente, y el perfeccionamiento del método constituye una parte esencial en el complemento de una mujer bien educada. Su fin es el de hacerse deseable, por lo que sus tendencias personales deben permane-

cer ocultas y estar vedado hábilmente todo cuanto pueda sustraerla á la adoración de los demás. «Nosotros queremos la verdad», se proclama desde el palco escénico; «nosotros queremos la mentira», se dice en la vida real, y así debe ser, y nada más necio que la pretensión de prohibir la mentira á la mujer.

El disimulo, ó sea el embuste, es el arma natural y más indispensable para la mujer: no puede ser de otro modo. Verdad es que esta arma debe servir sólo para defensa; pero se comprende fácilmente que no se limite á esta función, porque un procedimiento que tanta parte tiene en todas las circunstancias de la vida, concluye por ser también puesto en obra sin necesidad.

Bien considerado, la mentira femenina se halla justificada solamente en las reacciones sexuales, pero la equidad quiere que sea juzgada con un criterio mucho más benévolo del que se suele aplicar á la mentira masculina.

Por la astucia y demás rasgos característicos femeninos, que acabamos de examinar, podemos comprender con acierto toda la naturaleza de la mujer, procediendo lógicamente.

¿De qué manera debe estar constituida esta naturaleza para que pueda realizar del mejor modo posible la misión que le concierne?

La hembra, en la especie humana, debe parir los hijos, y luego prodigarles sus cuidados, porque éstos, al contrario de lo que acontece con los animales recién nacidos, tienen necesidad de ser atendidos durante muchos años. *Precisamente, la necesidad de cuidar á la infancia es la causa que diferencia con especialidad los sexos de la especie humana, comparados con los animales.*

Atender á su sostenimiento, protegerlos, encargarse, en suma, de los negocios exteriores, son las verdaderas ocupaciones del varón, porque la hembra debe ser, ante todo, madre. Así, pues, en el campo intelectual debe facilitarse, en cuanto sea posible, á la mujer sus tareas materna-

les, evitando cuanto pueda dificultarlas.

*La Naturaleza exige en la mujer amor y abnegación maternales.* Por eso la vemos niña jugando con la muñeca, prodigándole tiernas caricias, y acudir solícita á cuantas miserias necesitan de ayuda. Por esto precisamente, la mujer se parece á los niños, pues es alegre, sufrida y de sencillo espíritu. La mujer necesita ser valiente para defender su prole, mas en otras circunstancias, el valor le sirve de estorbo, y por eso carece de él. Lo mismo puede decirse respecto á otras cualidades masculinas.

La fuerza y las aspiraciones diarias hacia nuevos horizontes, la fantasía y la sed de nuevos conocimientos, servirían tan sólo para hacer á la mujer inquieta y trastornar sus obligaciones maternales, por lo que la Naturaleza les ha dispensado pequeñas dosis de estas cualidades.

La eterna sabiduría no ha puesto al lado del hombre á otro hombre provisto de un útero, y asimismo, á la mujer le ha concedido todo cuanto le era necesario para el mejor desempeño de sus nobilísimas

obligaciones, pero no le ha concedido la fuerza intelectual del hombre (1).

Por lo tanto, la diferencia mental de la mujer, no sólo existe, sino que además es muy necesaria (2); no solamente es un hecho fisiológico, es también una exigencia psicológica. Si queremos una mujer que pueda cumplir bien sus deberes maternos, es necesario que no posea un cerebro masculino. Si se pudiera hacer de modo que las facultades femeninas alcanzaran un desarrollo igual al de las facultades de los hombres, veríamos atrofiarse los órganos maternos y hallaríamos ante nosotros un repugnante é inútil *andrógino*. Alguien ha dicho que no es preciso desear nada en la mujer desde el punto de vista mental; que debe ser *sana y tonta*. Semejante paradoja, aunque grosera, encierra una verdad. Una soberbia actividad mental hace de la mujer una criatura, no sólo rara, sino también enferma, y todos los días se ofrecen á nuestra vista estos ejemplos. Por lo tanto, la mu-

(1) Entonces este libro debe llamarse, no la *inferioridad*, sino la *diversidad* de la mujer. (N. de la T.)

(2) Si es necesaria, no hay tal *inferioridad*. (N. de la T.)

jer debe comprender que su entidad es así por voluntad de la Naturaleza y abstenerse de rivalizar con el hombre.

Las exaltadas *modern-stile* paren mal y son pésimas madres.

Proporcionalmente á lo que se difunde la *civilización*, disminuye la procreación; cuanto mayores se hacen las escuelas, tanto más difíciles son los partos y tanto más escasa la secreción de la leche, y en suma, tanto más inadaptable se hace la mujer á sus naturales funciones.

Lombroso, que citá de buen grado ejemplos del reino animal, sostiene que, en toda la escala zoológica, la inteligencia se halla en razón inversa de la procreación, que las hembras de las hormigas y de las abejas heredan una peculiar inteligencia á expensas de la sensualidad, mientras que la reina de las abejas, que es la única susceptible de ser fecundada, es un ser enteramente estúpido. Esto no obstante, dice: «Cierto que una mayor participación en la vida social hará desarrollar poco á poco la inteligencia de la mujer, y en efecto, se ven ya risueños resultados en algunas altamen-

Consider  
what this  
means.

te progresivas (adelantados). Este adjetivo *risueños* es una amarga ironía ó una enorme inconsecuencia. En verdad, sólo al diablo ó á un loco que crea en la comunidad de las almas ó en otro absurdo semejante, puede regocijarle lo que hace degenerar la raza y que representa el principio del fin.

✓ Algunas veces se han preocupado los médicos de tal pretensión en la mujer de dedicarse al estudio de la medicina. Pero no vale la pena de ocuparse de esto. Si por una parte, no se puede negar que las facultades mentales de la mujer son insuficientes para permitirle aprender la medicina y que sumadas todas las mujeres que la ejercitan, debidamente guiadas y vigiladas, pueden hacerse útiles (como por ejemplo, entre los mahometanos), cuanto más se avanza, la idea del doctor adofemenino va perdiendo su sabor de actualidad; así pronto serán bien pocas las jóvenes que sigan esta carrera, y estas pocas serán, seguramente, las que no tengan disposición para sus deberes maternos.

Así, pues, desde el momento en que tanto la medicina como las mismas muje-

res tienen poco que ganar con los estudios médicos femeninos, el asunto es de escasa importancia.

Yo creo que el punto más importante para los médicos es *que ellos se formen un claro concepto del cerebro, ó sea del estado mental de la mujer, y que comprendan bien el significado y el valor de su deficiencia mental*, y que ellos pongan en acción todo su poder para combatir en interés del género humano las tendencias contra natura de los feministas. Se trata aquí de la salud de la gran masa que está comprometida en la perversión de la *mujer moderna*.

La Naturaleza es un amo inflexible y castiga con penas severas á los infractores de sus leyes. Ella ha establecido que la mujer debe ser madre y ha encaminado todas sus fuerzas en este sentido; cuando la mujer desatiende en algo sus obligaciones hacia la especie y quiere *vivir su vida individual*, está como herida por una maldición; pero al mismo tiempo que ella, son también castigados los hombres y la posteridad.

Así, pues, nosotros, médicos, debemos

asumir la misión de aconsejar bien y de amonestarlos á este propósito: el porvenir vendrá á dar la razón á nuestra obra.

Protestamos del mal trato que las mujeres dan á su hígado oprimiendo estrechamente el busto, y asistimos tranquilamente al martirio que vienen dando á su cerebro.

Con todo esto no hay duda de que á pesar de todos los esfuerzos, el mal que estamos señalando subsistirá y que es probable que aumente. En efecto, parece que eso es una consecuencia de la civilización.

De la misma manera que la población de las ciudades, por el gran predominio que en ellas asume la actividad mental, al cabo de poco tiempo se haría estéril si no fuera por el continuo incremento que le prestan las aldeas, así parece que la civilización ataca á la vida en su origen, y un pueblo llega, al fin, á un grado tal de civilización, que no tiene fuerzas por sí solo para continuar viviendo y necesita reconstituirse con inyecciones de sangre bárbara. Es evidente que el fenómeno fundamental está en un antagonismo entre la actividad

cerebral y la procreación. Las dos funciones son íntimamente conexas, pero cuanto más predominio toma la una, tanto más sufre la otra (1).

Los hombres *cerebrales* son nerviosos, y su descendencia es todavía peor.

Un indicio esencialmente demostrativo de esta degeneración está en la pérdida de los caracteres sexuales, y así se dan hoy hombres afeminados y mujeres masculinizadas. Cuanto más nervioso se vuelve un pueblo, tanto más numerosas serán las jóvenes dotadas de talento y provistas de ilustración característica masculina. Es preciso tener en cuenta la influencia de las enfermedades hereditarias: la hija toma mucho del padre; luego cuanto mayor sea el número de hombres *cerebrales*, tanto mayor será la transmisión de sus cualidades á sus hijos (2).

No mejora la situación en virtud de

(1) ¿Luego el estado mejor y de equilibrio humano corpóreo-mental sería un semisalvajismo, según el autor?—*(N. de la T.)*

(2) Esta teoría es la de las *partenogénesis* que llamaba locura en la página 18.—*(N. de la T.)*

sus numerosas justificaciones, porque justificada ó no, la masculinización de las mujeres será siempre una desgracia.

\*  
\* \*

También la ley debe tener en cuenta la deficiencia mental fisiológica de la mujer.

Nuestras leyes, en sí mismas, están hechas solamente por los hombres; por los menores se ha abogado, pero la mujer (por hablar solamente de ésta) está juzgada al nivel del hombre, y el pertenecer al sexo femenino no vale, en modo alguno, como circunstancia atenuante, y esto es injusto.

De las consideraciones antes expuestas resulta esta verdad: que la mujer, durante un gran período de su vida, es un ser anormal. No necesito indicar á los médicos la gran influencia que ejercen la menstruación y el embarazo en su vida psíquica y basarme en el hecho de que estos dos estados, sin ser una verdadera enfermedad propiamente dicha, causan, sin embargo, notables alteraciones en su equilibrio mental y per-

judican el libre albedrío en el sentido legal (1).

Luego si tenemos presentes las supuestas cualidades psíquicas de la mujer, y sobre todo la incapacidad para dominar las tempestades afectivas y la falta del sentido de la equidad, debemos convencernos de que es una gran injusticia juzgar á los dos sexos del mismo modo. Solamente la escasa criminalidad femenina, explicada por las condiciones de vida de la mujer, es la que deja en la sombra la dureza de nuestras leyes. Pero cuanto más se sustrae la mujer al asilo de su hogar, tanto más fácilmente deberá encontrarse en conflictos con la ley, y entonces será castigada con más aspereza de la que en realidad merezca.

Citaré solamente algunos ejemplos: ¿es por ventura equitativo que sea juzgada de igual manera en los dos sexos la injuria simple, y sobre todo, la injuria á funcionarios públicos, lo mismo que muchos hurtos de bagatelas, que son de tanta conside-

---

(1) Krafft-Ebing y otros muchos han tratado repetidas veces este argumento.



## II

Si juzgamos necesario evidenciar que la mujer es mentalmente inferior al hombre, no por eso creemos haber dicho nada que sea para ella perjudicial. Sus prerrogativas se explican en todas las otras direcciones en que se evidencian las prerrogativas masculinas, y la diferenciación de los sexos parece una doble vida oportunamente señalada por la Naturaleza, caminando por la cual, hombres y mujeres no deben encontrarse demasiado mal.

Sin embargo, cuando con más atención se considera la vida de la mujer, precisa convenir en que la Naturaleza ha sido con ella muy dura, ciertamente. En efecto, la Naturaleza no sólo ha sido con ella más avara de dotes mentales, sino que, además, ha dispuesto las cosas de modo que la mujer las pierde más pronto que el hombre.

Este es el segundo significado en que puede hablarse de la deficiencia mental fisiológica de la mujer, y aquí debemos comparar á la mujer envejecida prematuramente con la mujer joven y normal.

Á mi parecer, hasta ahora no ha sido bastante notada la frecuencia y la necesidad de las evoluciones mentales de la mujer.

También aquí será el mejor procedimiento el de tratar el asunto desde el punto de vista fisiológico.

La mujer debe ser madre, pero para serlo debe ante todo hallar un hombre que asuma su cariño y el de sus hijos.

Necesita, por consiguiente, medios para inducir al hombre á someterse á esas condiciones. Schopenhauer dice: «En la joven parece que ha querido hacer la Naturaleza lo que en la jerga teatral se llama *un golpe de escena*, pues la ha dotado por pocos años de extraordinaria belleza y de gracias y perfecciones, á expensas de todo el resto de la vida, á fin de que en el breve período de tiempo que se le concede acapare la fantasía de un hombre y le induzca á proveer

lealmente á sus necesidades por toda su existencia.»

Á esta observación es preciso agregar que las dotes de la joven no son solamente cualidades corpóreas y que el decaimiento relativamente precoz que las mujeres sufren, no se refieren tan sólo á esta cualidad.

El exterior corresponde al interior mucho más íntimamente de lo que suele creerse.

Así el florecer ó desflorecer de la belleza femenina corresponde también á modificaciones psíquicas, las cuales tienen el mismo significado. El espíritu de la virgen es terso, fogoso, agudo, por lo que su fuerza de atracción está aumentada, tiene una parte activa en la elección sexual y una cierta paridad de fuerzas con su adversario en el juego de las luchas amorosas. Toda la suerte de la vida de la mujer depende de que la joven encuentre el hombre que le conviene. Todas sus fuerzas se dirigen á este momento, verdadero punto culminante de su vida, y todas las facultades mentales se hallan concentradas hacia este fin.

*true*  
Es cosa demostrada que el intelecto es esclavo de la voluntad, ó de otro modo, que nuestra inteligencia sirve á nuestros instintos, y en efecto, somos singularmente perspicaces únicamente cuando seguimos nuestras tendencias; el interés conduce á la astucia.

*true*  
(Este es un dato como no hay otro, cada uno es diestro en la esfera que le agrada y no en otra alguna. Ahora el talento femenino se basa en una especial disposición para los asuntos de amor, y en ellos la voluntad impulsa á la inteligencia, la aguza y la extiende; todas las demás causas adquieren valor solamente en cuanto se hallan en relación con el asunto capital.

Cuando una joven tropieza frente á sí con un joven, se halla en la posición de un general de armada que avance hacia un ejército enemigo; este es el momento en que ella puede obrar; de pocos minutos depende acaso todo el porvenir.

Y también fuera de la batalla (para seguir con las comparaciones militares) puede compararse la joven á una tropa en pie de guerra. Ella conduce, necesariamente, la

batalla, está colocada siempre en las avanzadas y pronta al ataque, ó de otro modo, de cada uno de sus actos se transparenta la tensión de su espíritu.

La joven se apenará por causas que no la atañen en sus afectos; se interesará, aunque sólo sea en apariencia, seriamente en todas las cuestiones posibles; formará juicios, combatirá; en suma, aparecerá llena de *sprit*, y, en las cosas de amor, directora genial.

Luego dejadla que tenga marido y la veréis distinta. La joven fogosa y á menudo brillante se transforma en una mujer afable y simple; claro está que no siempre acontece de esta manera, pero es indudable que ocurre todos los días.

El pueblo ha notado esta metamorfosis perjudicial y la explica á su modo; creíase que con la pérdida de la virginidad se había roto un encanto, que fuerzas misteriosas se disolvían. En los cantos del Nibelungo, la virgen Brunilda vence á todos los hombres, pero apenas queda sometida á Sigfrido se convierte en una mujer como las demás. Un concepto parecido se halla

en otras muchas leyendas. En la vida práctica se explica más sencillamente: ella no necesita ya nada, partiendo de que la vivacidad física y mental hayan sido el lazo para atraer al hombre.

De todos modos, no se trata sólo de un acto voluntario del cual pueda dar cuenta la mujer; ella pierde, realmente, ciertas facultades que poseía al principio y aun con la mejor voluntad no podría entender muchas cosas que antes hallaba fáciles. Todo lo más, podrá quedar la duda de si esta diferencia, en descenso de las facultades mentales, puede explicarse solamente por la cesación de los estímulos que espoleaban á la inteligencia.

\*  
\* \*

Del mismo modo, en las mujeres que se han conservado bien durante los primeros años de matrimonio, no tarda en presentarse el decaimiento á los pocos partos, y así como huyen la belleza y la fuerza física, así huyen también las facultades mentales, y la mujer, como suele decirse, *chochea*.

Muchas veces el hecho escapa á la observación, ó por lo menos no causa desorden, porque las cualidades del sentimiento permanecen inalterables, y en la vida común, por lo general, no se pretende nada de la mujer desde el punto de vista intelectual. Pero un atento observador no se deja engañar, y bien á menudo se percata de esta debilidad.

Las señoras emancipadoras han debido hacer mención de tal metamorfosis, no sin cierta acrimonia, y naturalmente, han hecho resultar la debilidad mental de la *degradante* limitación del cuidado de los niños y de la cocina.

Aquí, como en otros casos, hacen hincapié en la vieja explicación de los hechos por medio del *ambiente*. En verdad, semejante limitación de las facultades mentales no debe tener lugar cuando existen especiales necesidades intelectuales, y en efecto, se ve un número relativamente grande de mujeres, cuyos cerebros tienen fundamentos más sólidos, que no sufren esa limitación, y también, si las circunstancias no conceden más que lo necesario, la frescura del

espíritu permanece, á pesar del cuidado de los niños y de la cocina.

Es indudable que no todas las mujeres sufren esa debilidad, proceso que, por cierto, tiene sus condiciones de origen en su cualidad congénita, si bien á menudo resulta difícil darle explicación.

Prescindiendo de las verdaderamente ineptas, cuya vida mental es mínima y en las cuales ni aun en el período de la juventud se nota el florecer del espíritu, pueden compararse las mujeres á un batallón que debe hacer frente á repetidos asaltos del enemigo, que en este caso lo es el tiempo. Unas caen á las primeras escaramuzas; otras se vuelven deficientes después de algunos años de matrimonio; las restantes se tienen en pie más tiempo, pero al fin son vencidas, ya sea volviéndose tontas, ya disecándose bajo las formas de viejas solteras extravagantes. En fin, también aquellas que han resistido la batalla deben sufrir el ataque final de un enemigo: la edad crítica.

Se puede afirmar sin escrúpulos que la Naturaleza ha dado la preferencia al hom-

bre y ha demostrado querer formar de él un tipo más perfecto, por el hecho de que le hace desarrollarse más tarde que la mujer, y esta predilección en pro del hombre es aún más evidente porque puede conservar las facultades adquiridas casi hasta el término de su existencia. Por el contrario, la mujer se desarrolla pronto, no tiene más que unos treinta años de tiempo para llamarla verdaderamente completa.

Ante todo, la edad crítica significa la desaparición de la energía sexual. Ahora bien; el organismo es único y las varias funciones están estrechamente coordinadas entre sí; íntimas relaciones existen, especialmente entre la actividad sexual y la actividad cerebral, por lo que cuando una aparece, otra se modifica, y cuando se pierde aquélla se modifica de nuevo. Solamente que la primera modificación es un notable *más*, mientras que la segunda es un *menos*; de modo que como consecuencia de la edad crítica por la cual la mujer se hace vieja, no podemos menos de observar una debilidad en las facultades mentales.

La experiencia, en verdad, no desmien-

te este aserto. Dirán prontamente á esto que existen excepciones, porque algunas señoras ancianas gozan hasta una edad muy avanzada de cierta sorprendente lucidez intelectual. Sin embargo, éstas no son más que la *vieja guardia* que no se rinde y que resiste también el asalto final del enemigo, salvando únicamente la intelectualidad; pero el grueso del ejército sucumbe.

Repetimos una vez más que el exterior es el espejo del interior. Se oye, en muchas ocasiones, burlarse de la ciencia fisiognómica, y en verdad, no estamos en el caso de fundar sobre un procedimiento lógico nuestros juicios sobre ese orden; es una ciencia, ó mejor dicho, un conocimiento industrial solamente; pero á pesar de esto, muchas veces puede darse fe á lo que un rostro expresa.

Veamos la opinión que se tiene de las mujeres ancianas en general y meditemos sobre el involuntario juicio que de ellas se ha formado; sabidos son cuántos escarnios y observaciones llenas de acritud se han dirigido contra las pobres viejas en versos, en refranes y de todas maneras; ¿y ha sido

sin causa alguna? Puede creerse que esto sea un sentimiento de hostilidad, pero veamos: ¿en dónde tiene su origen?

El hombre no profesa odio, propiamente dicho, á las mujeres, sino en el caso de tener que luchar con ellas; pero (excepción hecha de casos especiales) debe sentir cierta indiferencia y aun una benevolencia mixta de compasión hacia las mujeres que se han vuelto impotentes desde el punto de vista de la sensualidad.

Ellas no pueden ya ponerle obstáculos, y tan sólo el recuerdo de su propia madre es lo que debe inclinarle á la dulzura. Sin embargo de esto, la voz popular no sabe decir en sus cuentos más que malignidades, y sus proverbios no dejan de injuriarlas un poco; preciso es que esto dependa de sus propias cualidades.

Están señaladas por voces unánimes como supersticiosas, cobardes, y sobre todo como dotadas de poca mente, locuaces, litigiosas y maldicientes, cualidades todas que indican un estado de debilidad en las facultades mentales, y que, por lo tanto, demuestran la deficiencia adquirida por la

*Admirable  
base*

*Two women of physical & mental weakness  
character, instead of beauty.*

mujer. Es necesario agregar, para ser justos, que la opinión popular sería más benévola si las viejas fuesen menos feas. Feo quiere decir odioso, y el pueblo odia verdaderamente lo feo, como se observa en el modo de tratar á los animales así considerados. Así, la opinión general, de suyo dispuesta á la malignidad, las señala y las moteja de viejas maléficas, viejas brujas y otros epítetos semejantes.

Eso de viejas maléficas era una gran cosa antiguamente, pues hasta que cesaban sus encantos físicos no se sacaban á relucir sus maldades; es la misma deficiencia mental que hace resaltar desnuda su malignidad, tomando una forma ridícula quien la produce.

Afortunadamente, la deficiencia mental, debida á la edad, deja inalterables las verdaderas cualidades buenas de la mujer, conserva íntegro el sentimiento materno, y á pesar de toda su simplicidad, una anciana puede albergar en sí tesoros de ternura.

Bajo este aspecto general, sería preciso designar con mayor precisión de qué modo

se exterioriza la deficiencia mental adquirida por la mujer.

Otros han notado ya que en ellas la facultad de aprender, al par que es una facultad muy desarrollada, decae relativamente pronto. Es en verdad muy difícil determinar detalles ulteriores á este respecto, á pesar de que es bastante demostrativo el hecho del aumento gradual de la miopía intelectual. Ellas ven solamente lo que está más próximo, y de ahí que den á esto demasiado valor. Es al mismo tiempo característica en ellas una avaricia fuera de lugar; muchas veces es preciso someterse á grandes gastos, porque las mujeres no han sabido decidirse por los pequeños, y así, por salvar el céntimo, se pierde la peseta.

En relación con esta tendencia característica, está el hábito que tienen de conceder especial atención á insignificantes asuntos. Pequeñas bagatelas del momento la hacen olvidar el pasado y el presente, y la apartan del recto sentido; las cuestiones más serias y las minucias son tratadas con el mismo empeño, y sin embargo, lo que es

verdaderamente importante queda postergado por amor á una nonada.

Á diario, la dura experiencia y las demostraciones más persuasivas provocan en ella ciertos teóricos asentimientos, pero no consiguen cambiar el estado de las cosas.

«Al fin yo soy hecha así.»

La deficiencia en la crítica resalta evidente, sobre todo, porque al avanzar en edad el instinto se debilita. Á menudo no puede observarse esto porque la mujer lo oculta, apoyándose en los juicios ajenos, mas si este sostén llega á faltarle, espanta ver los errores más increíbles en las circunstancias más sencillas. Poco á poco disminuye la sugestionabilidad; entonces toman campo las autosugestiones informes, las cuales dan origen á ciertas obstinaciones tan radicales, que contra ellas no puede nada la razón.

La mente se hace inflexible, y por esto todo cuanto existe vale siempre más, se desarrolla el *misonéismo* y todas las reacciones tienen lugar mecánicamente.

De sobra sabemos que estos rasgos ca-

*La mente se hace inflexible*  
*esta teoría*  
*explica*  
*W. J.*

racterísticos son propios de las viejas, más no obstante, en todas las mujeres se manifiestan precozmente y toman un colorido especial en el lenguaje natural de ellos.

Quien no ha tenido el placer de escuchar á señoras ancianas, difícilmente se dará una idea de la prolijidad y vacuidad de sus discursos; el tema más tonto viene á ser tratado con infinitas variaciones; en ellas domina siempre el tiempo *que fué* y no tiene diqué el irrefrenable flujo de su charla, que sólo es comparable á un molino de viento.

\*  
\* \*

El conocimiento de los varios aspectos de la deficiencia mental fisiológica, puede también tener una importancia clínica cuando se trata de delimitar la deficiencia mental patológica, y el que solamente conoce la norma tomada acerca del hombre, corre el riesgo de diagnosticar en una mujer un estado patológico que no existe.

Juzgar una leve deficiencia mental, es uno de los más difíciles asuntos, y nuestros métodos clínicos ofrecen á menudo sólo al-

teraciones físicas de especie bastante largas. Es claro que un examen practicado á la manera de nuestros ensayos escolásticos, orientado sobre los conocimientos preexistentes, resulta insuficiente.

Así, pues, los métodos de indagación que miden la rapidez de los más sencillos procesos mentales no suministran datos bastantes.

El más importante sería saber probar la capacidad para las combinaciones. Rieger (1) ha hecho una proposición en este sentido y son también adoptados, por vía de ensayos fáciles, problemas del género de las charadas y símiles ú otros semejantes. Sin embargo, sería de desear que todas las tentativas en este sentido encontrasen el apoyo general.

Con todo, también detrás de un mejoramiento en los métodos de indagación no se podrá tener confianza en el sólo examen clínico. Éste no sera agotado nunca: podemos siempre entrar en campo á confundir

---

(1) *Beschreibung der Intelligenz-Störungen infolge einer Hirnverletzung*, etc. *Verh der physik-med. Ges. zu Würzburg*, 1888-89.

los resultados, los varios estados afectivos, y serán siempre indispensables las observaciones de los hombres en los actos de la vida común. Especialmente el juicio sobre las facultades mentales, no deberá fundarse tan sólo en los ensayos de laboratorio, sino en la historia complexiva de la vida.



## APÉNDICE

---

### I (1)

Mi trabajo, como era de esperar, ha sido juzgado de diversas maneras. Muchos han convenido de palabra ó por escrito, pero ninguno de ellos ha tenido el valor necesario para hacerlo públicamente. Con vivo placer he recibido, del mismo modo, los aplausos femeninos; una señora, entre otras, me dice que se sentía al fin como aliviada de un peso, porque durante mucho tiempo no había podido conciliar con su conciencia la tesis de que la mujer pudiese tener las mismas facultades que el hombre.

Pero más numerosos que los aplausos fueron los reproches; la desaprobación me

---

(1) Primer prólogo á la segunda edición alemana.

fué demostrada en los grados más diversos, desde la sonrisa irónica hasta el más violento desdén.

Algunos de mis críticos han creído que era mi libro una obra de polémica contra el sexo femenino y que yo era un enemigo de la mujer. Esto es sencillamente tonto, porque, en realidad, lo que hago es defender los intereses femeninos contra sus enemigos, y combato el falso intelectualismo y el falso liberalismo que va á la conquista de una estéril nivelación.

Los verdaderos enemigos de las mujeres son los feministas, los que quieren anular las diferencias entre los dos sexos, y cuando me opongo á las malas artes de éstos, no por ello combato á las mujeres, porque si ellos corren derechos hacia las seducciones y claman por la *mujer nueva*, es porque les falta precisamente la penetración, la capacidad para la crítica, que les permitan darse cuenta de lo que hacen; por lo demás, ellas no llegarán á ningún resultado práctico, si entre sí no se descartan de los hombres y de los pensamientos que ellos les sugieren.

Yo desearía que la nueva edición no se basara sobre la demostración de que el cerebro de la mujer tiene mejor facultad que el del hombre, porque en adelante esta información se fundaría en que la inferioridad del cerebro femenino es una condición útil y necesaria.

Otros autores han insistido más que yo sobre la debilidad intelectual y moral del sexo femenino, porque estiman que esta debilidad está en relación con las costumbres y puede modificarse por medio de la educación. Entre estos autores se cuenta Fanny Sewald (1).

Parece innata en la naturaleza de los reformadores la tendencia de hacer grandes concesiones acerca de la importancia del capricho. Los innovadores políticos y religiosos no advierten que la humanidad es una misma con la Naturaleza, y que las leyes humanas, en cualquier parte repetidas, derivan necesariamente de la naturaleza misma de los hombres. Ellos creen,

---

(1) F. Sewald, *Gepühltes und Gedachtes*, 1900. Los juicios de esta culta señora acerca de sus hermanas en sexo son muy severos.

como cosa seria, que basta tener un gusto objetivo y buena voluntad para que el mundo cambie de faz; no ven al hombre real, el cual, en las circunstancias más importantes de la vida, sigue sus instintos; se colocan ante los ojos una figurita de cera, cuya forma puede ser cambiada á voluntad, y se hacen la ilusión de triunfar sobre la Naturaleza y sus leyes.

Los revolucionarios de 1789 soñaban de esta suerte, y como ellos piensan también los modernos innovadores.

Como León Tolstoi cree que los hombres pueden hacerse cristianos, según él los sueña, sólo con que ellos quieran, así los feministas piensan transformar á la mujer por medio de las leyes y de la educación.

Luego es pueril creer que la esencia de la mujer, tal como se encuentra en todos los tiempos y en casi todos los pueblos, sea obra del capricho. Las costumbres no tienen nada que ver, no son ellas las que han creado la situación actual de la mujer; es la Naturaleza quien la ha sometido al hombre, y de este hecho nacen las costumbres.

Verdaderamente, visto que todos los

esfuerzos encaminados á trastornar las naturales diferencias entre los dos sexos (de las cuales la inferioridad mental de la mujer no es sino una pequeña parte), están condenados á fracasar, podrían tomarse á risa si no revelasen una gran pequeñez de espíritu.

Las modernas aspiraciones, en el sentido estricto de la palabra, constituyen solamente una parte de la perversión que acompaña siempre á estas civilizaciones; perversión que nosotros no podemos, ciertamente, arrojar del mundo, pero que cada uno debe reconocer como fuerza activa y combatirla de esta suerte. Los males sociales son como las enfermedades: aumentan con la civilización, y sin embargo combatimos contra ellos, no obstante su ineludible progreso.

La mujer está destinada á ser madre; luego todo lo que tienda á entorpecer este deber es falso y dañoso.

El más fiero obstáculo estriba en las necesidades de la vida, las cuales retardan ó impiden el matrimonio como fin y obligan á la mujer á ganarse el sustento.

Debe entenderse que nosotros autoriza-

mos perfectamente el justo deseo de ayudar á la joven y á la mujer madura, angustiadas en la lucha por la existencia, y facilitarles los medios con que puedan procurarse una situación conveniente, y en verdad, nadie querrá oponerse nunca ni combatir una emancipación intentada en ese sentido. Pero sí debe reconocerse que tal género de ayuda no es sino un expediente, y después, en sí mismo, un mal.

La medicina se ha inventado para los enfermos y no para los sanos. Pero una cosa son las justas preocupaciones por las necesidades materiales y otra los prejuicios arbitrarios que se acarrean á la verdadera misión de la mujer.

La separación de la mujer de los deberes maternos llega por dos caminos, y podemos hablar aquí de un *método francés* y un *método anglo-americano*.

Con el primero, intento designar la *sociedad de damas*; con el segundo, el trabajo cerebral á jornadas forzadas.

Llamo *francés* al tipo de la *dama*, porque ha tenido su más completa expresión en Francia durante el siglo XVIII, bajo el

antiguo régimen, y ha demostrado, de la manera más clara, cuán pernicioso es.

La verdadera *dama* existe sólo para el placer, ó sea para el placer de los demás y para el suyo propio. Todo lo que es difícil, desagradable y fatigoso no existe para ella y se aparta de ello como una divinidad griega de belleza luminosa suspendida sobre los vapores terrenos. Ella querrá sólo amar, dominar y conversar; los hombres están indudablemente destinados á amarlas, á servir las y á hablar con ellas. Su trono está en el *salón* (*saloncito* no significa lo mismo; sería preciso decir *cámara de charlar*), y verdaderamente el nombre de *salón* distingue claramente á la sociedad que ha precedido á la gran Revolución, y puede muy bien afirmarse que esta última no habría sido posible sin los *salones*.

En efecto, la sociedad que precedió á la Revolución no fué á su ruina porque era mala, sino porque era débil. Luego la causa de esta debilidad era antes que nada el *salón*, en el cual dominaba el placer, que era impuesto por las *damas*, que era el único móvil de su vida; y el placer daba

pòr resultado la molicie y la afeminación.

Todo se tomaba á risa y las cosas serias fueron envilecidas. El amor se convirtió en un juego, en cuanto era posible sin consecuencias, ó por lo menos éstas no debían impedir el placer más que lo absolutamente indispensable. El Arte y la Ciencia eran juegos y su verdadero significado el de un pasatiempo; llegaban á la perfección cuando eran del agrado de las *damas*.

Ya se comprenderá que tan vergonzosos y frívolas costumbres no pudieron limitarse á una nación ó á una época determinada, y alcanzaron su mayor desarrollo en el período que precedió á la Revolución; domina hoy en parte entre nosotros, y en general, en toda partes se halla la falta de seriedad en el pensar.

Una sociedad de viciosas impúdicas es uno de los signos principales de la putrefacción, y el puesto de la *madre* lo ocupa la *señora*.

Bastante más noble, pero no menos nocivo, es el método anglo-americano, llamado así porque los esfuerzos para introducir un cerebro de hombres en un cráneo de mujer

han hallado su primera difusión entre las naciones donde se habla el inglés.

Si es cierto que las buenas intenciones pueden justificar una equivocación, estaremos ahora en ese caso, porque los representantes del método inglés trabajan desinteresadamente, impulsando á todos los hombres hacia el mismo fin, en la firme creencia de realizar una buena acción. Es conmovedor contemplar cómo las muchachas jóvenes se privan de toda clase de placeres, para correr hacia la ruina de su salud, deslumbradas por el espejismo de la cultura.

Luego, como los feministas están sinceramente convencidos de que su nefasta actividad es obra meritoria, acogen toda contradicción con gran acrimonia, y en los hombres que piensan como yo, ven detestables obscurantistas, cuyo menor pecado es la ignorancia. Ellos se creen poseedores de la verdad, sobre todo porque han tenido cuidado de unirse á dos movimientos: al que trata de procurar los medios de subsistencia á las jóvenes verdaderamente necesitadas, y esta es la emancipación justa, y

al que aspira á la masculinización de la mujer, que es la falsa emancipación, modo de proceder que les da no pocas ventajas para la lucha.

Admitamos por un momento que los feministas lograsen sus fines, y que las mujeres conquistasen todos los ramos de las profesiones masculinas y todos los derechos de los hombres; en el caso más favorable, el resultado último sería absolutamente infructuoso. Las mujeres seguirían haciendo las mismas cosas que han hecho los hombres hasta ahora; pero aumentaría considerablemente el número de los trabajadores, y por lo tanto disminuiría el valor del trabajo, lo cual sería ya un daño todavía no muy grande comparado con las ulteriores consecuencias.

En primer lugar disminuiría de un modo enorme el número de los nacimientos, porque los matrimonios se harían más raros, y en el matrimonio mismo habría una prolijidad mucho menor.

Todas las jóvenes aspiran al matrimonio, siguiendo sus instintos, y porque quieren hallar quien provea á su vida material.

Luego si ellas daban sitio á la idea de que podían vivir sin necesidad de recurrir al hombre, su ingénito egoísmo de hoy se convertiría en egoísmo refinado, y serían precisamente las más capaces aquellas que profesasen más aversión al matrimonio.

Por lo demás, la mujer masculinizada será mucho menos atractiva para el hombre que la mujer según Naturaleza. Se comprende perfectamente que los matrimonios serían estériles; la mujer del porvenir no podrá dar al mundo muchos hijos, y por lo demás, tampoco los querrá; de manera que los matrimonios que no fuesen estériles tendrían á lo más uno ó dos hijos.

Si se da algún caso en que por voluntad del hombre haya más hijos, tendrá que sufrir necesariamente á los hijos ó á la madre, porque ésta tendrá que sacrificar el cuidado de sus hijos á sus ocupaciones, ó bien éstas á aquéllos.

Además, dejará mucho que desear entonces la calidad de los hijos; se ha observado que la prole de las mujeres *cerebrales* no se distingue por su robustez, y en muchos casos falta la leche materna.

En suma, la población disminuirá rápidamente en número y aumentará su perversión, en cuyas condiciones un pueblo entra en el período de su decadencia senil.

Sólo que, como no puede acaecer que la humanidad entera participe de las transformaciones de la mujer, un pueblo de feministas deberá necesariamente someterse á sus vecinos, y sus restos se esparcirán entre pueblos más sanos.

Así, pues, en una nación solamente determinadas clases llevarían á efecto la formación de la mujer macho, y éstas entrarían igualmente en un período de lenta extinción. En todo caso se trata de un suicidio social, ó más bien, por así decirlo, de una traición hacia la propia patria ó hacia la propia Naturaleza.

Pero por fortuna no es de temer que esta ruda profecía llegue á realizarse, porque el intelecto inconsciente, que se manifiesta en el instinto, frustra, inexorable, la ejecución de los planes feministas, á fin de que al menos posea un pueblo su natural actividad.

De todos modos, se deriva siempre un

daño muy sensible, porque los grupos más damnificados son precisamente aquellos que poseen más alto grado de civilización.

¿Desean los intelectuales conservar su sexo y revivir en sus descendientes? Pues que se preocupen ante todo de que sus esposas sean mujeres sanas y no mujeres *cerebrales*, porque el hombre, que con la cultura se separa de la Naturaleza, necesita de la mujer natural como contrapeso; de otro modo, mata sin misericordia á su prole; esto es, extingue su familia.

Así, pues, ¿qué es lo que debiera hacerse? Ante todo, quitar de en medio cuanto pueda ser perjudicial á la mujer como madre; estas deben ser las miras más importantes en la educación de las jóvenes.

Créese un gran progreso la institución de escuelas superiores femeninas, en las cuales debe inculcarse á las muchachas una gran cultura general. Recientemente se halla necesario también la creación de gimnasios femeninos, de los cuales el teólogo Hans Jacob ha dicho que son tan inútiles como un tumor.

Lo más acertado sería demoler todas á

un tiempo las escuelas *superiores*. Su resultado, por lo menos, es insignificante (1); el mal está en que las jóvenes que asisten á las escuelas se vuelven débiles y nerviosas. Aprenden una cantidad de conocimientos que no les aprovechan, y adquieren dolores de cabeza; pero no aprenden lo que puede serles verdaderamente necesario.

Es un error querer introducir, como con embudo, en aquellos pobres cerebros,

---

(1) En el *Grenzboten* (LIX, 31, pág. 235, 1900) se encuentra un artículo intitulado: «¿Qué adelantos obtienen nuestras escuelas superiores?» El autor ha interrogado á muchas jóvenes de diez y seis años acerca de sus conocimientos. El resultado conocido poco á poco fué *cero*... Luego desde el momento en que todo lo que se aprende es cosa perdida, ¿no parece que este resultado se paga muy caro con ocho ó diez años transcurridos sobre los bancos de la escuela, con daño de los ojos, con daño de los nervios y con clorosis de esos pobres cuerpos? ¿No es mucho mejor uniformar para el porvenir la instrucción femenina, como en otras épocas, á la masa más necesitada, y acomodar el tiempo restante á la enseñanza de cosas útiles y al sano desarrollo del cuerpo?

Es preciso hacer constar que, como el autor está convencido de que la ignorancia de las jóvenes es debida á la escasez de medios en las escuelas, estima que bastaría darles mejores reglamentos. No, ilustre señor; este rápido olvido no es más que un socorro puesto por la Naturaleza contra la tiranía de la escuela; el cerebro femenino rechaza, regularmente, todo lo que le ha sido inculcado por fuerza.

datos de historia, de geografía, fórmulas químicas, etc., etc.; querer fomentar la mentira y la verbosidad con composiciones sobre temas absolutamente abstrusos.

Las escuelas debieran estar reglamentadas con la mitad de asignaturas, y aun sobraban.

Se ven algunas veces jóvenes de talento, pero son bien pocas; á éstas no se les han de poner obstáculos en su camino, antes bien, se les debe facilitar la vida en cuanto sea posible y abrirles todas las puertas. ¡Paso libre á todo talento, pero lejos de nosotros una inútil y artificiosa instrucción de la masa!

Ya se califica como bastante dañosa la preocupación de la mayor parte de las jóvenes con los estudios clásicos, porque la Naturaleza misma dirige á las jóvenes especialmente hacia todo lo que es práctico. Limitémonos, por consiguiente, á instruir las, después de los estudios elementales, en todo lo que puede serles útil en la vida, esto es, en los trabajos manuales, en el gobierno de la casa, en el cuidado de los niños, en el conocimiento de las insti-

tuciones del Estado, del Ayuntamiento, de la Iglesia; en el uso de los utensilios empleados en la vida común, en los negocios de administración y en cuanto puede tener con esto relaciones; y esto lo aprenderán con facilidad y retendrán bien cuanto hayan aprendido.

Los idiomas deben serles enseñados según el método con que el niño empieza á hablar, ó sea no *científicamente*. Las lecturas suplirían con ventaja á las lecciones de literatura.

Hace tiempo una señora emitió una idea excelente, la de instituir para las jóvenes «la contrata de un año», ó sea un período de tiempo durante el cual les sea encomendado un servicio de utilidad práctica. Si bien recuerdo, se había pensado, ante todo, en la asistencia de los enfermos. No es bueno insistir demasiado en esta idea; esto requiere especiales disposiciones, y no sería tampoco deseable que el hedor de los hospitales alentase toda su existencia. La ocupación más importante sería siempre el cuidado de los niños. Normalmente, toda muchacha á los veinte años, ó á más tardar

á los veinticinco, debería tener un hijo de su matrimonio. Ahora muchas mujeres tienen más, y el número de las núbiles es incalculable. Por consiguiente, las mujeres sin hijos deberían ayudarles y prestar su ayuda á las madres pobres, las cuales se instruirían de este modo hasta donde sus fuerzas llegaran.

Se comprenderá que no soy yo el llamado á especificar aquí los medios para ejecutar esta proposición, pero sí gritaré muy alto: ¡Atiende á tu oficio! Por esto hago punto aquí, y repito solamente: ¡Que se proteja á la mujer contra el intelectualismo!

## II (1)

Me agrada hacer constar aquí nuevamente que muchas y variadas discusiones han sido dedicadas á mi libro. Esta vez algunos críticos se han asociado abiertamente á mi idea. Me limito á tomar nota del hecho, porque, sea que acepten en todas sus partes mi trabajo, sea que acepten solamente el concepto fundamental, no me ofrecen motivo para ulteriores réplicas.

Otros, por el contrario, y éstos constituyen la mayoría, me obligan á agregar alguna cosa. Las plumas femeninas no tienen más que desaprobaciones para mí, y esto se explica, porque las jóvenes y las mujeres de mi edad que comprenden que tengo razón, no pertenecen á la categoría de las escritoras.

Pero á estas señoras, yo podría despacharlas prontamente, diciendo: «El defecto de comprensión, los numerosos errores y la

animosidad que se encuentran en las críticas que parten de la mujer, prueban una vez más que yo he juzgado con acierto la naturaleza psíquica femenina.» Sin embargo, esto tal vez sería injusto. En primer lugar, no todas están inspiradas en el despecho; acaso algunas demuestran una intención buena y moderada; en segundo lugar, creo que debo dilucidar, con arreglo á mis fuerzas, los errores, facilitando cuanto sea posible con nuevas aclaraciones la comprensión de mis ideas.

En su origen, mi publicación estaba destinada á la clase médica, pero como se ha difundido entre el gran público, muchas cosas, que al principio no era necesario aclarar, requieren ahora ser explicadas.

Á menudo están mis adversarios en completo desacuerdo, pero en un punto opinan de un modo unánime, y es en considerarme un estúpido de la peor especie.

No puedo explicarme de otro modo el recibir de todas partes un número de lecciones acerca de cosas que, á mi modo de ver, se comprenden sin esfuerzo.

Ante todo, ven vituperadas en sí mis-

mos todas mis manifestaciones. Algunos críticos imberbes, que se incluyen á sí mismos entre los doctos, estiman que mi argumento no tiene nada de doctoral, porque para ellos no es científico el escribir sobre argumentos que dejan campo libre á la opinión y que no pueden ser tratados con exactitud. Á éstos debo recordarles que yo llevo largos años de estudios científicos, y si ahora, por mor al bien general, me ocupo de argumentos no estrictamente científicos, sé muy bien lo que me hago.

Según otros, mis manifestaciones son despiadadas y unilaterales; en vez de contrapesar á la par las ventajas con las desventajas, tengo cuenta, con áspero sentido de hostilidad, de las desventajas solamente.

Ahora, es opinión mía, que las insipideces no se avienen con una demostración positiva. Recuérdese bien: no se trata aquí ni de alabar ni de vituperar; no entran aquí ni idealidad ni aspiraciones; mi único objeto era el estudio de la verdad; mi tema, la debilidad mental de la mujer; por lo tanto, era deber mío formular claramente

y con precisión cómo se manifiesta esta debilidad. Si yo hubiese escrito «sobre la mujer», hubiera tenido otro lenguaje.

El título suscita grandes protestas. Pero ¿por qué? Deficiencia mental indica algo de morboso; conque ¿cómo se puede discutir de la deficiencia mental fisiológica? Seguramente, yo he osado afirmar, y á todas horas lo sostengo, que es indispensable el concepto de la deficiencia mental fisiológica cuando se quieren comparar las facultades mentales propias de la varias edades de la vida, de los sexos, de los pueblos (1).

Debilidad mental dice ya algo muy cercano á deficiencia mental, pero no contiene el concepto de hecho imaginario, de ley general.

Así podría referirse á los estados de debilidad que pueden intervenir casualmente, y que hay necesidad todavía de puntualizar cuando se trata precisamente de debilidad morbosa.

(1) No puedo detenerme á explicar cada palabra; si alguno confunde la estupidez con la falta de conocimientos, no debo pretender ponerme á discutir con él.

Hablar de *inferioridad mental* sería de pésimo gusto (1); *inferioridad* es una palabra extranjera que suena á desprecio (2). Diciendo que la mujer es intelectualmente deficiente respecto al hombre, no se la rebaja en nada, no es posible juicio alguno acerca de un valor absoluto, y sí establezco solamente datos de hechos.

\*  
\* \*

Pero, en verdad, ¿qué es lo que puedo hablar de la mujer? ¿Y qué es lo que con exactitud se lee en ella? Ó mejor aún, desde el momento en que todos comprendéis, ¿qué comprendéis más? ¿Tal vez la mujer misma? Sí y no. En todo caso, sería necesario oír también su opinión; pero deben saberse distinguir dos casos.

Si la mujer juzga el comportamiento y la conducta de otra mujer, acaso sea muy perspicaz y podrá profundizar con sus mi-

---

(1) El título alemán *Ueber den physiolog. Schvachsinn des Weibes* lo traducimos literalmente *inferioridad*, pero su sentido es *deficiencia*.—(N. de la T.)

(2) ¡Verdaderamente, yo mismo lo he hecho; confesémonos todos pecadores!

radas más á fondo que la mayor parte de los hombres. Sin embargo, esto vale tan sólo á condición de que la que juzga y la que es juzgada se encuentren al mismo nivel, mas la cosa varía mucho cuando se trata de juzgarse á sí misma.

Generalmente, la mujer natural no quiere, ni sería capaz de discurrir acerca del estado de su *yo*. Ella *siente*, y obra guiada del sentimiento; el análisis, que, sola, podría ponerla en condiciones de escudriñar su interior, es para ella una cosa extraña que se desdice en absoluto de su naturaleza.

Solamente cierta edad y cierto grado de superior cultura pueden hacer á la mujer capaz de inspeccionar su fuero interno.

No es raro encontrar quien pretenda hacerlo prematuramente, y entonces resultan con facilidad ideas ambiguas é inexactitudes fáciles de encontrar en muchas jóvenes y en muchas *sabias* apenas barnizadas de cultura. Por lo tanto, no podemos tomar en consideración sino á mujeres maduras y de cultura sólida. Sus afirmaciones sinceras tienen gran valor, pero aquí está el peligro de que ellas mismas ú otras ge-

neralicen arbitrariamente los resultados de estas investigaciones, y que por lo tanto tomen por tipo de la naturaleza femenina su propia naturaleza refinada y elevada. Otras veces, también con las mejores intenciones de acercarse á la verdad, raramente se llega á conseguirla por completo, porque los hombres, y la mujer más que el hombre, están sujetos por un lado á las ilusiones, por otro no pueden hacer completa abstracción de su propia personalidad, y siempre suelen tapar un poco sus intimidades.

Una fuente que merecería crédito sería un diario que, destinado á permanecer secreto, saliese á luz contra la voluntad de la escritora después de su muerte. Y aun en este caso, sería necesario proceder con gran prudencia.

Tenemos también las observaciones que las mujeres han recopilado sobre sus semejantes, en calidad de espectadores objetivos.

Aquí es necesario tener presente que, por su propia naturaleza, la mujer, fuera de la casa, no se adapta á la observación

porque, por lo demás, puede librarse de la sugestividad con más dificultad que el hombre. Por consiguiente, y haciendo abstracción de este hecho, quedan, como condiciones para la recíproca observación entre las mujeres, de un lado aptitudes mentales *ad hoc*, de otro lado la experiencia.

La mujer tiene ocasión de ejercitar sus facultades de observación, exceptuando el círculo de la familia y de los íntimos, en sociedad solamente, pero la sociedad, verdadero mercado de toda mentira, es precisamente el campo menos adecuado para tal ejercicio.

Un pequeño número de mujeres adquiere experiencia en su calidad de bienhechoras, maestras, operarias, viajeras, etc., pero por lo regular sus observaciones se forman tan sólo sobre cada uno de los estados sociales ó cada una de sus agrupaciones naturales.

Además, les falta el término de comparación, porque raramente poseen el don de la oportunidad, para observar á su alrededor á muchos y diferentes individuos. Ya se comprende que existen excepciones; hay

circunstancias y profesiones (por ejemplo la carrera del teatro) que pueden ofrecer á la mujer ocasión de observar.

Es evidente que al lado de la posición desventajosa del hombre, que no puede participar directamente de la vida íntima de la mujer, tiene todavía de su parte muchos puntos de ventaja.

Hay que convenir en que el hombre tiene mayores disposiciones que la mujer para la observación. Ve las cosas con más frialdad, con mayor agudeza y precisión, y sus condiciones de vida le ofrecen ocasiones mucho más numerosas y variadas para la observación misma.

Pero el valor de los hombres como observadores es muy diverso; también en este punto precisa tener en cuenta las disposiciones individuales, la cultura y las circunstancias.

Los miembros de las clases llamadas superiores se encuentran en mejores condiciones por su posición, que les obliga á la observación directa de los hombres, y aquí las circunstancias son de dos clases. En primer lugar, el hombre debe haber te

nido íntimas relaciones con mujeres; no basta el trato común con la madre, la hermana ú otra pariente del sexo femenino; es necesario que ellos conozcan las relaciones sexuales. En tesis general, el hombre casado se adapta mejor que el célibe, el cual no conoce más que amores efímeros, porque semejantes relaciones, generalmente, tienen breve duración y las mujeres que de ellas participan no valen gran cosa. También muchos hombres casados suelen descartarse de estudiar á sus mujeres, unos á causa del amor, que les hace ciegos; otros, por cierto escrúpulo que les impide hacer esa ofensa á su esposa. De donde se deduce que el que está en mejores condiciones debe ser el que *ha sido* casado.

En segundo lugar, es preciso que el hombre, por su profesión, se halle en estado de observar á muchas y distintas mujeres con toda la posible exactitud.

Resumiendo todos estos postulados ó *disideratums*, resulta que dos profesiones ofrecen ventajas inmejorables para la observación: la de médico y la de sacerdote.

El sacerdote católico, para decir la ver-

dad, está excluído de las relaciones sexuales, pero el sacramento de la confesión le ofrece medios de saber tantas cosas que, para ciertos resultados, ningún otro recurso puede darlos semejantes. Después sigue el médico, el cual tiene la ventaja de la práctica conyugal, y que en calidad de naturalista se adapta mejor, desde el punto de vista técnico, por decirlo así.

Además, el médico es también una especie de confesor, y antes, en los países protestantes, tenían una obligación de este género. Entre los médicos mismos existen dos categorías particularmente favorecidas por las circunstancias. La de médico ginecólogo y el médico de las enfermedades nerviosas. Del médico de las mujeres ha hablado muy bien Runge; él, entre otros, ha combatido felizmente las serias objeciones de que el médico en cuestión solamente tenía que ver con mujeres enfermas (1).

---

(1) He leído el libro de Runge *Ueber dos weib in seiner geschlechtlichen Cigenart* (Berlín 1900) después de la publicación de mi obra. Me alegro infinito de hallarme de acuerdo con él en todos los puntos esenciales.

Pero si el ginecólogo puede penetrar más á fondo en la vida sexual, el neurólogo, obligado á profundizar el estudio de los variadísimos estados mentales, adquiere en este punto una experiencia que raramente podrían otros adquirir.

Las otras profesiones son mucho menos propicias para el estudio de la mujer comparados con éstos.

El clérigo protestante no goza de las felices circunstancias que disfrutan su colega católico y el médico. El jurisculto tiene una experiencia unilateral porque estudia sobre una materia decaída; lo mismo puede decirse respecto de algunos otros empleos (los directores de prisiones femeninas, por ejemplo). Si bien no puede desconocerse que para ciertos aspectos la autoridad del Estado puede penetrar muy á fondo en su estudio. Aunque también los maestros de las escuelas femininas hállanse en condiciones favorables, tienen la desventaja de limitar sus observaciones á la edad juvenil.

El que se encuentra en peores condiciones es el escritor de despacho, ó sea el





gramos para el cerebro masculino y de 1.219 para el femenino. El mismo Bischoff ha puesto en su obra todas las objeciones posibles y ha refutado de un modo especial las opiniones que con el método del peso relativo al cerebro pudieran hacérsele. Queda el hecho de que nada puede objetarse seriamente á las conclusiones de Bischoff, las cuales, por lo demás, coinciden con las de otros muchos observadores.

Pesar el cerebro no es una operación fácil, y sólo puede llevarla á cabo un anatómico.

---

del hombre adulto es considerablemente mayor que el peso del cerebro femenino.

»Á esta prueba de hecho entre la notable diferencia de peso entre el cerebro del varón y el de la hembra, debe agregarse otro dato; el de que los pesos mínimos del cerebro se encuentran solamente en la mujer y los pesos máximos solamente en el hombre; y es, por cierto, de la mayor importancia por su carácter de universalidad, desprovista de excepciones, cual no las hay verdaderamente en todas las otras partes de la doctrina sobre el peso del cerebro.»

Con referencia á la segunda parte de mi trabajo, tienen importancia los siguientes datos: «El aumento de peso del cerebro adquiere su *maximum* en los hombres entre los veinte y los treinta años, y en las mujeres á los veinte; ellas sufren una notable decadencia entre los cincuenta y los sesenta años, y ellos entre los sesenta y setenta.»

La medida del cráneo ofrece después un complemento. Haciendo abstracción de los cráneos, á veces raros, conformados de una manera anormal, como por ejemplo, los cráneos del tipo acrocéfalos, se puede afirmar, sin duda, que la circunferencia máxima del cráneo es proporcional al volumen de éste y después al del cerebro. Debe entenderse que este dato no es absolutamente exacto, pero una vez establecido el hecho, esto no interesa demasiado.

Para los entendidos no puede haber duda de que en tesis general el volumen de la cabeza está en relación con el desarrollo de las facultades mentales. Naturalmente, se necesita tener presente el volumen del cuerpo; una cabeza voluminosa sobre un cuerpo pequeño tiene más importancia que si se sostuviese sobre un cuerpo muy desarrollado, y viceversa. Es bueno recordar, de todos modos, que no es absolutamente necesario que á una facultad unilateral (singularmente el talento) corresponda un cerebro muy voluminoso, pero sí es menester que corresponda un cerebro más desarrollado en ciertas partes.



Mídase ahora la cabeza de la mujer, y se hallarán frecuentemente circunferencias de 56 y 57 centímetros, pero también muchas de 52, 51 y 50 centímetros... Estas cifras tan bajas se encuentran en mujeres adultas de mediana estatura (160 centímetros y más) y dotadas de buenas facultades mentales. (Las cuales han estudiado con aprovechamiento y son capaces de todo cuanto atañe á su situación en la familia, hablan lenguas extranjeras y sus conversaciones demuestran buen criterio.)

Luego si yo veo que un hombre de 165 centímetros de estatura y con 53 centímetros de circunferencia craneana se muestra capaz en situaciones un tanto complicadas, y que una mujer de la misma estatura con sólo 51 centímetros de circunferencia, supera en capacidad mental á muchas de sus compañeras, no puedo considerar por eso al uno y á la otra como entidades equivalentes. Basta convencerse una vez del regular curso de ciertas cifras para no dejarse engañar por las excepciones, que á veces parecen confirmar la regla.

He dado explicación á este argumento

sólo porque es uno de los más sencillos y accesible á cualquiera.

Si es difícil impugnar los datos de Bischoff, puede decirse lo mismo de los de Rüdinger. Todo lo más que se nos ocurre acerca de éste, es que sería de desear que aumentase el número de los casos y extendiese las pesquisas á otros terrenos de la superficie cerebral.

Puede afirmarse que, hasta ahora, las indagaciones de Rüdinger son las únicas existentes, mas no por eso es menor su importancia.

El punto capital me parece que está en que él ha demostrado la existencia de las diferencias anatómicas en los dos sexos, y también en el cerebro de los recién nacidos.

Toda la mala fe de la literatura de los feministas se demuestra en la conducta que observan ante los datos de hecho que les son desagradables. Cuando doctores respetables, después de ingeniosas y fatigosas pesquisas, que han durado largos años, se arriesgan á establecer hechos anatómicos, cualquier individuo ignorante no ten-

drá derecho á burlarse, sino todo lo más podrá presentar datos en apoyo de sus convicciones ó conocimientos. Pues bien; no sucede así; se permite combatir con mil necias divagaciones é insulsa cháchara.

En una crítica dirigida contra mí, se dice: «Por lo demás, la tesis de la inferioridad de la mujer se fundaba en la pequeñez del cerebro femenino; pero desde el día en que el peso del cerebro del principal sostenedor de esto concepto era... inferior al peso medio del cerebro femenino, la tesis fué al suelo de una vez.»

Deploro vivamente tener que discutir semejantes datos, que, por así decirlo, pueden inducir á error. Por otra parte, no puedo por menos de hacerlo. Todos pueden referir á Bischoff la alusión antes expuesta.

Para caminar sobre seguro, he querido interpelar directamente al profesor Bollinger, que hizo la autopsia á Bischoff. Aquél me ha comunicado galantemente que Bischoff, muerto á los setenta y seis años, tenía una estatura de 180 centímetros, y que el peso de su cerebro era de 1.330 gramos.

De las tablas formadas por Bischoff

mismo, resulta que el peso medio del cerebro del hombre de 70-85 años es de gramos 1.279 (computado sobre 24 casos, entre los cuales está el padre del mismo Bischoff, de edad de setenta y nueve años, con 1.472 gramos de peso). De modo que el peso del cerebro de Bischoff superaba la medida establecida para el hombre. El peso medio del cerebro en la mujer de 70-82 años (18 casos) se eleva, según Bischoff, á 1.121 gramos. De cuánto la atrofia senil sustrae en cada caso, es difícil precisarlo. Según Bischoff y según la tabla de Body, un hombre ha perdido á los ochenta años 100 ó más gramos de peso en el cerebro. Luego porque el cráneo no sufra en la vejez importantes alteraciones, no se sigue de ello que el volumen craneano permita determinar también el volumen que tenía el cerebro en la época de su virilidad. Es digno de notarse el hecho de que Pettenkoffer, á los ochenta y dos años y con 170 centímetros de altura, tuviera todavía un cerebro de 1.330 gramos de peso.

Pero ¿por qué—se me pregunta—abriga usted tanto desdén hacia «la mujer nueva?» No es ciertamente por consideraciones personales, pues no soy yo solo quien así piensa, y no abrigo ningún deseo personal tampoco, ni en verdad, ninguna *mujer nueva* me ha causado el más pequeño sinsabor; donde me sentí poseído de un sincero desdén fué al ver la aparición de la *Nora* (*Casa de muñecas*) de Ibsen.

En esta comedia, Nora, que es presentada como una loca dañina, acaba por abandonar su casa porque observa que su marido la trata como á una muñeca. Yo no sé de cierto cuál sea verdaderamente el propósito de Ibsen; es, por lo general, muy difícil comprender qué es lo que pretende este poeta farmacéutico (1).

Sin embargo, debo reconocer en honor suyo que él se mofa con finísimo escarnio del sentimiento al cual Nora parece rendir homenaje. El mal está en que me corresponde hacer notar que el público ve una

(1) ¡Ah! ¡Si algún acontecimiento dichoso pudiera librarnos de toda esa poesía de hospital que nos viene del Norte!

*Just and  
Nadaisique.*

heroína en esta criatura degenerada, semi-locas, que abandona á sus hijos porque se imagina ser su deber perfeccionar su miserable *yo*. En verdad, esto me ha dislocado, y cuanto más lo pienso, tanto más ese sentimiento me ha parecido abominable y odioso.

El hecho está en que la profunda inmoralidad del individualismo no pueda despojarse de modo más incisivo de aquello que precipita la marcha de Nora. Se puede perdonar á una mujer que sea infiel á su marido y abandone sus deberes de madre, impulsada por una violenta pasión; pero una madre que abandona á sus pequeños porque advierte que ella no es bastante culta, es un ser que causa horror, ó bien, mudando de punto de vista, es una alienada.

Nora no es más que un fantasma de la escena, pero la admiración que ha suscitado demuestra que «hay algo en Dinamarca que huele á podrido».

Ahora bien; ¿cómo ha de agradarme lo que es malo y morboso? ¿Tal vez el público mismo está enfermo, ó bien nuestras

mujeres son degeneradas como Nora? Yo creo que la siguiente explicación no está lejos de la verdad.

El modo de pensar contra natura de una considerable parte de nuestros contemporáneos, gracias al cual el desarrollo individual del espíritu de la mujer viene á ser considerado como algo más noble que el cumplimiento de las leyes de la Naturaleza, puede compararse á la epidemia psíquica, á la locura de las masas, á la sugestión de una idea predominante.

Aunque eso no es una verdadera y propia enfermedad mental, no obstante, la sugestión de la locura no habría sido posible si una disposición absurda de los espíritus no le hubiese preparado el terreno. En primer lugar, precisa tomar en consideración las ideas que han provocado la sugestión; en segundo, las condiciones de su incremento.

Los conceptos que han puesto en alza la llamada emancipación de la mujer, no son nuevos. En 1600, por ejemplo, aparece un libro de Moderata Fonte, casada con Giorgi, una veneciana nacida en 1555 y

muerta en 1592, cuyo libro se titula *Del mérito de las mujeres*, en el cual demuestra que las mujeres valen más que los hombres (1).

Por otra parte, en los tiempos presentes no hacen sensación conceptos de esa índole. Debía venir primero el dominio del liberalismo, cuya esencia es la libertad del individuo. Comenzó su lenta labor á fines de la Edad Media, continuó cada vez más potente en el siglo XVII, y estalló violento, por decirlo así, en la Revolución francesa.

Indudablemente, la libertad es una grande adquisición, pero toda medalla tiene su reverso.

La libertad por sí sola no es más que un concepto negativo; cuando no se tiende más que á la libertad, se llega inevitablemente á la soberanía del individuo, esto es, á la completa anarquía.

En tanto que un movimiento crece, todas las esperanzas se vuelven á él y parece bueno á los ojos de los espectadores.

---

(1) Confr., otro libro, Guillerma Maria Ana, *Que el sexo femenino vale más que el masculino* (París 1668).



éste un cazador que deba pasar su vida libre en los montes, bien un filósofo que debe moverse libremente en los reinos del pensamiento; pero la mujer, según naturaleza, no necesita del todo la libertad; por el contrario, su dicha consiste en sentirse sujeta, y todo esto tiene una íntima relación con la diferente índole del uno y de la otra.

El liberalismo unilateral del hombre es una exageración y un avance más allá del recto camino, y el de la mujer es ir contra naturaleza, y en absoluto un terreno falso. Por eso no podemos decir que el moderno individualismo del hombre sea una condición completamente morbosa, aunque también conduce á la perversión, pero sí debemos proclamar en voz alta que el individualismo en la mujer no es posible sino sobre una base morbosa.

Luego ¿cuál es la condición morbosa que hace á la mujer prestarse tan fácilmente á las sugerencias de la libertad? Esa condición se encuentra en el moderno nervosismo.

Un indicio esencial de esta forma de degeneración, llamada por nosotros nervo-

sismo, se halla por de pronto en el hecho de que los instintos naturales se vuelven inciertos ó dudosos en las exteriorizaciones. Cuanto más sano es un individuo, tanto más decisivamente será macho ó hembra.

En los individuos nerviosos se reúnen rasgos que participan de uno y otro sexo, dándose así hombres afeminados y mujeres masculinizadas. El pensamiento, careciendo de un sólido sostén, se torna vacilante, el individuo no sabe él mismo lo que quiere, se siente atraído hacia todas partes, pero las manos que él ha extendido no hacen presa en parte alguna; muchos deseos y poca fuerza.

No puedo, en verdad, desenvolver todo el argumento; me agrada, no obstante, insistir en el concepto de que, según mi concepción, la principal condición para el individualismo femenino es el nervosismo, precisamente porque la mujer sana, guiada de un seguro instinto, arroja lejos de sí las ilusorias sugerencias de libertad (1).

---

(1) He leído con verdadero placer el libro de Laura Marholm, *Zur Psychologie der Frau* (Berlín 1897); *Sobre la psicología de la mujer*, y también con cierto disgusto he

No debemos dejar de reconocer que el movimiento femenil está basado también sobre otras condiciones. La principal de estas es, sin disputa, la miseria social. Las complicaciones de la vida, el acrecentamiento de la población, la extensión de los co-

---

reparado en que dice varias cosas que yo tenía la ilusión de haber dicho primero. El título habría sido mejor: *Sobre la psicopatología de la mujer*, porque los tipos y las figuras que en él pinta la autora no son más que de enfermas nerviosas y degeneradas. Aunque en muchas partes la señora Marholm se muestra verdaderamente acertada, todavía me parece que concede demasiado peso á sus distinciones y atribuye más importancia de la que en realidad tiene al cambio del descenio y á las nuevas modas en los campos del espíritu. También en el curso de la historia se verifica la ley óptica que nos hace ver grande lo que está cerca y pequeño lo que está lejos. Cada una de las formas morbosas, sólo en pequeña parte, puede considerarse cualidad característica de nuestro tiempo. Solamente es característica, en verdad, la flaqueza ó decaimiento que depende de la debilidad de los instintos. Según los tipos que se registran en todos los tiempos, varía también la debilidad nerviosa. Así, pues, la señora Marholm exagera á veces cuando cree que todo el sexo femenino corresponde á sus descripciones. Por fortuna, existen todavía muchas almas femeninas sanas, pero es cierto que las exaltadas, las enfermas, se encuentran con preferencia en la *sociedad* y en la literatura, y las sanas se quedan en casa atendiendo á sus obligaciones. Es lo mismo que sucede en París. Paseando por las calles, sería cosa de pensar que toda la población femenina está formada de prostitutas, pero es que también allí las mujeres buenas están en sus casas.







con toda probabilidad, nos hallamos frente á un caso patológico.

Una mujer que no quiere tener hijos ó que teniendo el primero dice: «Uno solo y basta», demuestra, indudablemente, una naturaleza degenerada.

Pero aun peor es el caso de que una mujer olvide á sus hijos ó los abandone del todo por seguir sus egoístas y locas tendencias.

Empecé estos razonamientos refiriendo mi primer impulso de desdén por la *Nora*, y este camino me ha llevado muy lejos; entretanto le recorría, la ira se ha desatado. Á las especulaciones filosóficas no se adapta la cólera, primera fuente de las peores aberraciones y de una morbosa carencia de sentimientos naturales.

Pero, á pesar de eso, siempre se encontrarán hombres que, al sentir glorificar el mal, den rienda suelta á la ira, olvidando su filosofía.

\*  
\* \*

Tal vez existan ánimos pacíficos los cuales piensen que yo exagero, que el movimiento feminista no conduce de hecho á renegar de la Naturaleza, y que la dureza del sentimiento no tiene nada que ver con las *aspiraciones á las cosas elevadas*.

Estos espíritus conciliadores se engañan peligrosamente. Es verdad que la mayor parte de los que se asocian al movimiento feminista se quedan luego á la mitad del camino, pero el movimiento en sí tiene fuerza para llegar hasta el final. Y al final está la liberación de la prole.

Si existe alguna cosa que la mujer debe estimar sobre todo, ésta es el nombre de madre. Yo he escrito en una obra mía que la naturaleza en la mujer no pretende relaciones viriles, sino amor y devoción materna. Una crítica, que parte de una mujer, me responde que, según mis ideas, «la hembra no debe servir más que para concebir y criar la nidada». ¡Mentirosa! Se atreve á hablar así y luego no quiere oír nombrar la palabra «degeneración».

Mi estudio sobre el carácter de la mujer ha sido juzgado de tres maneras: ó se dice

que es fundamentalmente falso, ó bien que es fundamentalmente justo, pero que sólo puede ser aplicable á medias, ó en fin, que en el fondo es justo, pero que es aplicable solamente para el actual estado de cosas.

No puedo, en verdad, defenderme contra los que creen que yo me he equivocado con sana intención, porque sería cosa de no acabar. Voy á dar cuenta nada más de algunos equívocos que me urge aclarar.

Me ha sido muy desagradable que algunas personas cuya opinión es digna de ser ténida en cuenta, hayan creído que yo reputaba inmoral á la mujer, siendo así que bien claramente he dicho lo contrario. Repetiré aquí que la moral femenina es casi siempre incompleta, insuficiente, en cuanto es en su esencia simplemente una moral de sentimiento. Por lo demás, este no es un concepto nuevo; ha sido tratado extensamente por E. V. Hartmann.

Parece que había suscitado protestas mucho menores la acusación de deficiencia de rectitud, que la de la necesidad de la mentira. Esto se debe evidentemente al hecho de que, en general, el mentir tiene

algo de verdaderamente inmoral, idea equivocada que generalizó más que nadie Kant.

Todos mentimos y debemos mentir, sea con la palabra, sea con el silencio, sea aún más con nuestros actos. El embuste, que está indudablemente autorizado mientras que se trata de legítima defensa, se hace inmoral solamente cuando se emplea en la adquisición de ventajas personales ó en perjuicio directo de los demás. Pero la mentira y la ficción, necesarias á la mujer en la vida sexual, son una legítima defensa y por eso no deben vituperarse.

Creía yo que me había expresado con claridad, pero por lo visto no ha sido así, y por eso me veo obligado á repetirlo.

La otra gran inquietud consiste en que he citado, á medias con otros, la paradoja de que «la mujer debe ser sana y tonta»:

También aquí había yo supuesto que el lector inteligente habría comprendido que no debía tomarse la palabra *tonta* al pie de la letra, sino en el sentido de que quería decir *no erudita*.

En muchos puntos de mis escritos he tenido ocasiones de repetir cuán importan-

te es para los hijos varones la facultad mental de la madre, y cómo es muy esencial, en la elección para el matrimonio, la sabiduría de las jóvenes. Yo mismo, por fortuna, he tenido una buena y juiciosa madre, y estoy convencido de que le soy deudor en gran parte de la capacidad que pueda tener. Su sólo recuerdo me hubiera impedido escribir la más mínima cosa «contra la mujer». Pero entiéndase bien: en la madre deben hallarse facultades naturales y no conocimientos imperiosos.

En tercer lugar, he afirmado que el verdadero talento femenino es simplemente una peculiar disposición para todo lo que se refiere al amor.

Debía haber dicho que las mujeres no tienen ningún otro talento; por esto me veo en el caso de agregar que al lado de este talento capital existen muchos otros talentos femeniles.

No se crea ya que quiero aludir con esto al talento musical, pictórico ú otro cualquier talento artístico. Si por acaso una mujer posee alguno de estos talentos, es que tiene un talento masculino. Parece

que solamente puede poseerse, como propiedad originaria de ambos sexos, el talento dramático y, en cierto grado, el poético.

Por el contrario, un talento femenino, en el estricto sentido de la palabra, es sin duda el talento de la *charla*, ó si esta expresión suena desagradablemente, diré que el talento de la conversación.

Esta idea me pareció clara cuando acabé de leer, no ha mucho, un libro sobre Rahel Levin, esposa de Varnhagen von Ense (1).

Al empezar á leer aquel libro noté que me aburría extraordinariamente, pero después me interesé por saber quién era aquella dama, y la curiosidad me hizo digerir las 460 páginas de la obra.

Rahel era sin duda una señora sabia y de buena índole. Era honesta, seria, se preciaba de pensadora y tenía cierta propensión para las especulaciones filosóficas. Todo esto, sin embargo, no explica bien la parte que ella ha representado en su vida.

(1) *Rahel Varnhagen, ein Lebens und Zeitbild*, von Otto Berdrow (Stuttgart, 1900).

No ha producido nada, no sabía escribir nada sensato ni en verso ni en prosa; todo lo más llegaba á tratar de las letras ó de los aforismos. Su estilo es original, rico en expresiones arbitrarias y en errores de lenguaje; faltan absolutamente los pensamientos nuevos. Todo cuanto ella dice se encuentra asimismo en todos los escritores contemporáneos, por lo que se ve que ni aun se molestó en dar, al menos, nuevos vestidos á pensamientos viejos y ligeros. Leyendo sus escritos se siente uno además molesto por una continua contemplación del *yo* de la autora. De los términos superlativos con que habla de su propia personalidad se deduce que ella misma gusta presentarse como tipo único é incomparable. Todo es exagerado, y así ofrece una sucesión de espantosos sufrimientos y de sobrehumana felicidad. Goethe hubiera dicho que era una persona en tensión.

A pesar de las faltas de sentido en algunas producciones poéticas ó científicas, se ha formado una completa literatura en torno de la Rahel. Acaso no sea eso otra cosa que un colosal reclamo más ó menos

intencionado, pero en el fondo esa señora debía ser alguna cosa especial. Verdaderamente, era un genio en la charla. Ella había aprendido muchas cosas y había visto mucho; tenía buena memoria, ligereza de espíritu, extraordinaria vivacidad, y por consecuencia de esto, un verdadero placer en charlar. Podía discurrir con agudeza durante muchas horas seguidas y por espacio de muchos días.

Su biógrafo, muy justamente, la llama «una fanática de la sociabilidad»; ella vivía, por decirlo así, de la conversación.

Por una extraña casualidad, vivió en su época un segundo genio de la charla, Bettina Brentano, casada con von Arnim.

Esta señora era menos seria y honesta que Rahel, pero la superó notablemente en talento poético y en poderosa imaginación. Era notable, especialmente por su facilidad para la mentira, esa mentira dicha involuntariamente y que recuerda la «pseudología fantástica» descrita por Delbrück.

Entonces era una época de charla; los hombres también hablaban, aun los más notables, y hallaban una singular compla-

encia en las superficiales conversaciones de salón. Pero estos hombres, comparados con las dos citadas señoras, eran pobres talentos en la palabrería bien discurrida.

Parece que Varnhagen, que tenía bastante de afeminado, no profundizaba mucho más que su mujer.

\*  
\* \*

Tienen perfecta razón los que objetan que mi libro vale solamente á medias. Esto no me desagrada, porque era lo que yo me proponía. ¿Cómo un pobre hombre podrá hacer más en pocas páginas?

En todas las cosas que pueden medirse se puede tener cuidado no sólo de la mitad, sino también de la máxima y de la mínima parte, pero en nuestro caso la empresa no es fácil. Son bien conocidas las diferencias de los sexos en las líneas generales, pero también se sabe que existen líneas mixtas. Del mismo modo que los dos sexos tienen las mismas circunvoluciones cerebrales, tienen común igualmente la característica mental, y la diferencia resulta tan sólo de un *más* ó de un *menos* en ésta ó en aquella

parte. Nadie puede decir con certeza, á no ser en casos singulares, que pueda desarrollarse en una mujer una facultad preferentemente masculina, y viceversa. Y esto sirve para la generalidad, aunque en ciertas condiciones patológicas se dan organizaciones psíquico-hermafroditas, las cuales, muy probablemente, son más numerosas é importantes de lo que generalmente se cree.

Cuando se habla con relación á nuestra época, es preciso no olvidar que los modernos pueblos civilizados están infiltrados de una enorme cantidad de elementos patológicos.

Parece, no obstante, que mis críticos están alejados en absoluto de tales consideraciones de orden un poco más general. Toda su ira tiene origen en el hecho de que yo no he tenido en consideración suficiente á las mujeres que se encuentran por encima de la clase media. Me echan en cara que no he tenido en cuenta á las santas, á las bienhechoras de la sociedad, á las buenas princesas, á las damas llenas de talento, y así por el estilo. Pero, en verdad, ¿me tendrán por tan estúpido? ¿Qué hacer? Es

un defecto muy natural olvidar la regla para tomar demasiado en cuenta las excepciones. Si sobre una larga línea se hallan algunos puntos brillantes, éstos atraerán nuestras miradas y olvidaremos así los largos trazos oscuros que se encuentran intercalados entre los puntos lucientes.

Parece que muchos literatos no se cuidan del todo del estado real del pueblo. Así, se me viene objetando que existen numerosas señoras ancianas de entendimiento despejado. Las conozco tan bien como mis críticos. Pero vengan conmigo á confundirnos entre el pueblo, y si comparamos al hombre de cincuenta años con la mujer de la misma edad, terminados todos los exámenes parciales, veremos que son inconfundibles la volubilidad del lenguaje y los pensamientos tomados de prestado, con la actividad mental; de este modo se verá bien si yo tengo razón.

Muchos injustos vituperios ha encontrado, principalmente, mi teoría sobre el paralelismo entre el desarrollo mental y la involución mental, con el desarrollo físico y la vejez del cuerpo. El porvenir enseñará

que ha sido un mérito especial el haber llamado la atención sobre estas relaciones olvidadas hasta ahora.

\*  
\* \*

El tercer grupo de críticos dice que en el fondo tengo yo razón, pero que eso se debe tan sólo al hecho de que las facultades mentales de la mujer no están bastante desarrolladas hasta ahora. Todo está para ellos en evolución, y desde el momento en que nos desarrollamos, parece que se puede hacer lo que más convenga.

La ulterior evolución del sexo femenino pudo ser concebida como un proceso en el sentido místico-darwinista, el cual, por necesidad de su naturaleza, se desliza sin ninguna dirección final.

Sin embargo, faltan las pruebas necesarias para el sostenimiento de una tal presunción, porque la historia habla precisamente contra ese concepto.

Nosotros hallamos oscilaciones en este ó en aquel sentido, pero en sí mismo, en lo que es esencial, vemos una invariable persistencia de las mismas condiciones.

Si leemos, por ejemplo, el Viejo Testamento, encontramos que la posición y el proceder de la mujer eran entonces, y hace ya de esto cerca de 2.500 años, poco más ó menos los de nuestros días. Aristófanes describe un «movimiento de las mujeres» que es bastante parecido al de la actualidad. También las romanas tenían, relativamente, la misma posición de nuestras señoras. Por otra parte, en muchos países orientales se encuentran hoy las mujeres en idénticas condiciones desfavorables en que se encontraban hace 1.000 ó 2.000 años.

Aparece, pues, bien claro que la posición de la mujer ha de referirse no tanto al tiempo como al carácter del pueblo, el cual, naturalmente, comprende los caracteres de todos y cada uno de los dos sexos.

Algunos de mis impugnadores que han creído deber decir que la evolución necesita tomar un período de tiempo muy largo, podrán rebatirme con la afirmación de que un período de mil años no supone nada; que la historia conocida tampoco prueba nada, y que la evolución no es llegada aún.

Éstos pueden sustentar tales opiniones,

mas permítanme les diga que del mismo modo que no han sobrevenido modificaciones esenciales en los mil años transcurridos, no puede preverse para los mil años venideros.

Otros entienden por evolución una intervención consciente, una especie de educación con programa bien definido. Opinan que basta instruir á las muchachas hasta cierto punto y derrocar las limitaciones impuestas en las leyes y en las costumbres, para que las facultades mentales del sexo femenino se conviertan en iguales á las del sexo masculino.

Es difícil discutir con quien cree que puede hacer milagros. Si se pasa al examen de los hechos, ó sea á la historia de la música y á otros artes semejantes, fingen no comprender. Si se les hace presente la imposibilidad de que una mujer pueda adaptarse á todas las obligaciones que la Naturaleza ha dividido entre los dos sexos, ellos piensan que la mujer puede hacerlo perfectísimamente.

Yo he demostrado que, cuando se realicen los deseos de los feministas, dismi-

nuirá de tal modo la cifra de los nacimientos, que el cuerpo social ó el pueblo que los haya adoptado deberá extinguirse. Á esto se responde que la mujer culta concebirá, aunque en menor número, hijos, y que precisamente por eso podrá atenderlos mejor.

En este punto precisa dejar en suspenso el juicio; aquí se toca un argumento ante el cual naufraga toda tentativa. Permítaseme tan sólo una observación, y es que esta irracional exageración al valuar la influencia de la educación, con la cual siempre se embrollan todas las discusiones, es un sistema de retroceso, es propia del siglo XVIII; el que vive en el siglo actual debe saber que ninguna educación se halla en estado de crear capacidad, y que toda educación que quiera lanzarse más allá de un amoroso apoyo del desarrollo natural y de la preservación de las causas nocivas, es más dañosa que útil.

No puedo dejar de hacer notar que los padres espirituales y los maestros que se ilusionan de «formar caracteres» y de fabricar semejantes obras maestras del arte,

han legado un triste argumento de defensa á las majaderías de que se compone el movimiento feminista.

Se me ha contrapuesto en una carta una singular opinión, que es la de que la mujer natural corresponde sin duda á la por mí descrita, pero que por voluntad divina ella debe transformarse en la mujer civil, ennoblecida en virtud de la auto-educación.

Ninguno, en verdad, desea más que yo que muchísimas mujeres sean nobles y sabias, solamente que no veo que el número de ellas se aumente merced á los feministas. Es cierto, sin duda, que la mujer natural será siempre como Dios ha querido crearla, y que por ennoblecimiento no podemos entender más que un interior desarrollo de las disposiciones naturales.

Por eso, si es verdad que el destino natural de la mujer es de ser buena madre, su ilustración no puede, por otra parte, consistir sino en una identificación siempre mayor, con la maternidad, y en dedicar todo su saber y toda su capacidad al noble cargo que le está reservado.

Las disposiciones naturales tienen algo de sagrado, y nosotros estaremos fuera de las leyes dictadas por la eterna sabiduría si queremos entorpecer la obra de la Naturaleza, porque pocos individuos poseen determinadas ideas sobrenaturales.

La opinión general es esta: que una mujer que no es madre ha venido á menos en su misión, lo cual es verdad siempre, por cuanto puede ser doloroso para aquella que, sin culpa suya, se ve privada de ese nombre venerado. Preciso es reconocer, sin embargo, que también una mujer que no tenga hijos puede hacerse digna de mil bendiciones en virtud de su infinita capacidad de madre.

Veamos ahora la cuestión de los especiales conocimientos que se requieren como condición capital en la mujer: yo digo que eso depende de varias circunstancias, y sobre todo del grado de cultura y estado social de cada una. Por ejemplo, una burguesa, ó más bien, una pequeña burguesa, sacará muy poco provecho de sus conocimientos en idiomas, pintura, historia, arte, etcétera; por el contrario, la adquisición y

conservación de estos refinamientos le aca-  
rearán no pocos inconvenientes.

En cambio, la esposa de un príncipe, la cual por sus condiciones está sustraída al verdadero y propio trabajo, tiene necesidad, para hallarse á la altura de su posición, de muchos conocimientos que serían asaz superfluos, ya que no un lujo dañoso, en una mujer de clase inferior.

Creo estar de acuerdo con muchos en este caso. Luego excepción hecha de esas diferencias sociales, puede afirmarse que para ciertos medios la cultura y la refinada educación son bellísimo adorno para una señora, en tanto que promueven, ó por lo menos no aminoran, la actividad dedicada á la familia.

También un hombre es muy apreciado si no posee solamente aquellas especiales facultades necesarias para su profesión, pero se hace digno de vituperio apenas, por andar errante de acá para allá, se aparta de la esfera que le es propia. Y esto sea dicho en homenaje de la gentil escritora de la carta á que antes me refiero, aunque se trata de cosas muy sencillas.

Pero al llegar á este punto, siento murmurar: «Da á las obligaciones maternas toda la importancia que te plazca; mas no todas las mujeres pueden hacerse madres; muchas no se casan, contra su voluntad, y por consiguiente, debemos educar á nuestras hijas de manera que, en un caso dado, puedan vivir solas.»

Aun cuando este argumento es ajeno á mi tema, quiero dedicarle todavía algunas palabras.

Ya he dicho otra vez que podríamos tener un número mayor de madres y una suma mayor de felicidad humana, cuando no tomásemos en consideración solamente á los hijos legítimos. Me parece que podríamos ser un poco más generosos. Yo, por lo menos, sentiría respeto ante una joven que me dijese: «Este es mi hijo, por el cual yo trabajo»; de quién lo había tenido, no me importaba. Pero oigo gritar: «¡Alto ahí, desgraciado; tú trastornas las bases del estado cristiano!» ¡Demos fin á esa patraña del estado cristiano! Eso es, en cuanto es posible, anticristiano. Si sobre nuestra vida no pesasen la indiferencia y

la hipocresía, sería mucho más fácil la protección á la infancia.

Si se habla con padres de la llamada alta sociedad, se oirán cosas como esta: «Nuestra hija va á examinarse de profesora de esto ó aquello; en verdad, le es muy penoso estudiar, mas es prudente preca-verlo todo.» Luego el examen de maestra, dígase en voz baja, es un suplicio, y la pobrecilla que, con el sacrificio de una buena parte de su salud, ha salido aprobada, no llega, en verdad, á poseer una mina de oro con su título. Pero en su clase, todo otro empleo no sería *decoroso*.

¿Qué hacen las mujeres en todos los pueblos? Unas cuidan de los niños, otras se ocupan de la cocina, y sobre todo del gobierno de la casa; hacen vestidos, compran y venden, según los casos. Y ¿por qué esto, que no hace avergonzar á las clases humildes, debe ser despreciado por jóvenes que se disponen á ganarse la vida? ¿Por qué no enorgullecerse de todo trabajo racional? Bastaría para ello desembarazarse de los viejos prejuicios. Si una muchacha dijese: «Me agrada ser cocinera, pero quiero una

habitación decente y un trato conveniente para mi persona», ella haría un bien para sí y para las demás.

Y verdaderamente, hoy se ven muchas personas de talento, las cuales, porque se hallan á disgusto con su actual servidumbre, acogerían con placer en su casa en calidad de doncellas á jóvenes de buena familia, á condición de tratarlas como á su igual. De este modo se atenuaría mucho la actual penuria del servidor doméstico, que es debida tanto á la altanería y á la indiferencia de los amos como á la absoluta ineptitud de los criados, los cuales no han recibido educación alguna; antes al contrario, acaso fueron abandonados desde la infancia á sí mismos ó á pésimos ejemplos.

Muchas otras mujeres podrían encontrar una ocupación, aparte del desempeño de los quehaceres domésticos, en los negocios del comercio, si por una parte fuese tenido el trabajo como un honor y de otra el comerciante fuese obligado á respetar la salud y el decoro de sus operarios. De todos modos, el servicio en una tienda ó en una casa de banca, cuando el trabajo no

fuese de muchas horas y el salario suficiente, sería siempre digno de preferirse á la repugnante avidez de los servicios telefónicos, telegráficos, postales, etc., etcétera. Además, la práctica actividad comercial ofrece también la posibilidad de hacerse independiente.

Trabajar por el pan cotidiano es, por parte de la mujer, una gran pena; pero del modo que están hoy las cosas, no se puede hacer por menos ni puede afirmarse que en el porvenir mejoren los sucesos.

Un progreso real hacia un mejoramiento, sería el volver al sistema conventual. La guerra del radicalismo contra la vida del claustro fué y sigue siendo hoy una de las más grandes necesidades de la Reforma y del liberalismo. Recientemente se han resucitado imitaciones del monasterio, como son las casas de las diaconesas, y en general todas las casas llamadas de *pensión* para señoras. Sería, no obstante, necesario desarrollar este movimiento desde un punto de vista más radical.

Son cualidades propias de un monasterio, aplicadas en un sentido humanitario:

1.<sup>a</sup> Un fin desinteresado es el de reunirse cierto número de personas de un mismo sexo, con la mira de perseguir el mismo propósito. Éste puede consistir en ayudar y socorrer á los pobres, puede ser también una investigación de la ciencia ú otro cualquier objeto, excluyéndose solamente buscar ventajas personales. 2.<sup>a</sup> La vida común de aquellos que, unidos para un mismo fin, trabajan para sus compañeros y abandonan todo cuidado para su propia personalidad. Pone sus bienes en poder de la comunidad y ésta se preocupa de proveer á cada uno de lo necesario. Cierta que los «votos» para toda la vida repugnan á nuestro modo de pensar, mas desde cierto punto de vista, los antiguos votos han conservado su razón de ser, por cuanto la obediencia es indispensable, la castidad sale de sí mismo (desde el momento en que cada uno es libre de salir de la comunidad), y la pobreza significa verdaderamente la abolición de la propiedad individual.

Se comprende que sean posibles muchas modificaciones, pero en general, puede decirse que la felicidad de cada individuo será

tanto mayor cuanto más nobles sean sus fines y más completa su adhesión. Así no hay duda de que, para la naturaleza femenina, la vida claustral, en el sentido ya indicado, debe contarse entre los mejores sustentáculos para la felicidad natural.

Tal vez la miseria aumentará todavía primero que se haga oír la razón, pero ésta acabará ciertamente por hacerse oír.

Renunciemos, pues, á las vanas esperanzas en el porvenir, para volver á la educación de la mujer; la conclusión viene por sí sola: desde el momento en que hoy todavía la mayor parte de las jóvenes se casan, conviene hacer lo posible para prepararlas al matrimonio. Bajo este punto de vista, la educación actual no vale mucho. Un hombre solo no puede ciertamente cambiar el aspecto de las cosas, pero puede, sin embargo, introducir en el ánimo de los padres la persuasión de que no deben esperar lo todo de las públicas instituciones.

Para ellas, la misión más sagrada debe ser la de criar sanos á sus hijos; después, suceda lo que quiera; una joven enfermiza no es buena para nada. Al orgullo de raza

y á la manía de la llamada cultura del espíritu, se inmolan inauditos sacrificios humanos.

Una de las objeciones más importantes contra el estudio y la elevada cultura de la mujer, está en el hecho de que si reportase alguna ventaja, sería preciso que empezaran las jóvenes, como se hace con los varones, á estudiar una carrera á los once años, ó sea á una edad en la cual es absolutamente imposible formar juicio sobre el ulterior desarrollo de la inteligencia. Excepción hecha de los rarísimos casos en que una joven brilla por su singular talento, sería una verdadera temeridad decidir arbitrariamente que la mujer sea educada para unos deberes muy distintos de aquellos que le ha designado la Naturaleza.

Se oye decir muchas veces que las muchachas pueden aprender después lo que deberá servirles cuando sean mujeres. En verdad, que no he podido yo formarme un tan mezquino juicio de las condiciones que son necesarias á un ama de casa cuidadosa.

Cuando una joven se desposa á su debido tiempo, esto es, entre los diez y ocho y

los veintitrés años, apenas ha podido, sin perjuicio de su salud, adiestrarse en el gobierno de su casa. Esto sucede, por lo menos, en la mitad de los casos. En fin, la *mujer nueva* será lo que quieran, pero no podrá hacer milagros, y siempre carecerá de alguna condición, aunque esté dotada de una energía física más que viril.

Concedamos, para terminar, una mirada á lo futuro. Dos son los resultados que pueden prever aquellos que esperan, en una época mejor, la realización de las utopías modernas.

Ó se puede creer que la fiebre individualista no es más que un período de transición para los espíritus femeninos y que, como en el pasado, la mujer acogía pasivamente su destino sin preocuparse de la propia persona, y servía con inconsciente devoción los altos fines de la especie, así en el porvenir, vuelta en sí del error contenido en el movimiento hacia la libertad, seguirá haciendo lo mismo *conscientemente*, *sabiendo* hacer deducciones de sí y sabiendo perseguir, no su bien personal, sino el del marido y los hijos; ó bien puede pen-

sarse que una tal evolución de la inocencia á la virtud, pasando por la culpa, sea un antagonismo con la naturaleza de la mujer y que la verdadera mujer deberá obrar rectamente *por instinto*, haciendo en el porvenir lo que hizo en el pasado.

Partiendo del primer concepto, sería útil darle incremento, porque cuanto más grave se hace la enfermedad, tanto más difícil es esperarse el alivio. Si después se elige el segundo concepto, debemos esperar toda la salud solamente de la sabiduría del hombre, por lo menos hasta el punto á que puede alcanzar la intervención humana; esto es, que el hombre deberá decir clara y terminantemente á la mujer que no quiere saber nada de libertad incondicional. Y si el hombre lo hace seriamente, se acabará de una vez el «movimiento feminista».

FIN DE «LA INFERIORIDAD MENTAL DE LA MUJER»